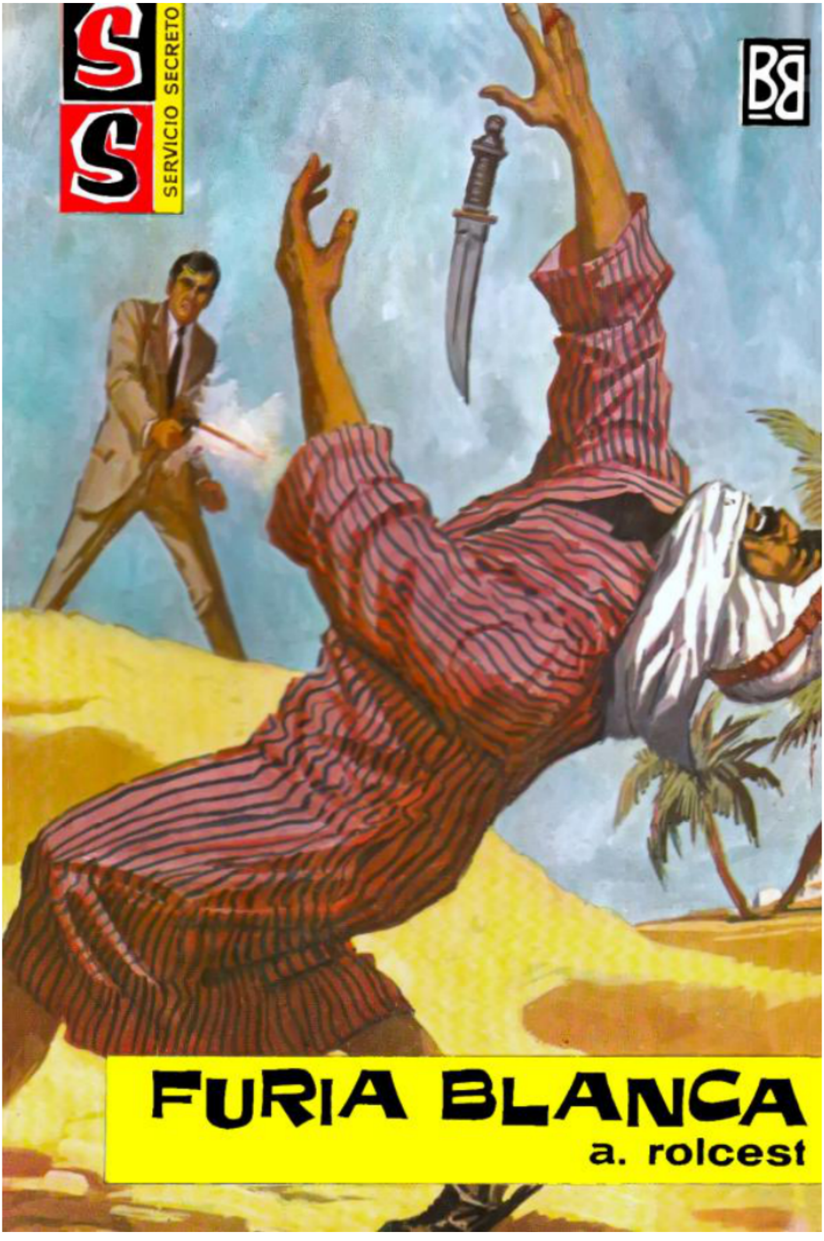

SERVICIO SECRETO
FURIA BLANCA
a. rolcest



A. ROLCEST

FURIA BLANCA

Col. SERVICIO
SECRETO n.º 723
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES

EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
BARCELONA
BUENOS AIRES
BOGOTA

DEPÓSITO LEGAL B 11099 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN - ABRIL 1964

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 2108/64

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL:

En Colección BISONTE:
857 — Ciudad de lobos.

En Colección BÚFALO:
544 — «Golden Saloon».

En Colección SERVICIO SECRETO:
708 — Tránsito en Saigón.

En Colección CALIFORNIA:
386 — El póker de los tres demonios.

En Colección SALVAJE TEXAS:
384 — Los trofeos de «Wood City».

En Colección COLORADO:
342 — Dominando el miedo.

En Colección KANSAS:
314 — Furia en el bosque.

En Colección ASES DEL OESTE:
267 — Compañeros de la muerte.

En Colección BRAVO OESTE:
177 — Consigna: Plomo.

En Colección METRALLA:
33 — La ruta del terror.

En Colección SELECCIONES SERVICIO SECRETO:
76 — Misión en Extremo Oriente.

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Láncese, Carver! —gritó el que pilotaba la aeronave.

—¿Y ustedes?

—¡También lo haremos si no conseguimos regular el vuelo!

El aparato parecía haber recibido una mordedura en el vientre y daba la sensación de que se encogía. Habían descendido mucho desde que notaron la primera embestida.

Algo iba mal en los motores. Rateaban, los dos lo mismo y de pronto callaron.

—¡Vamos a planear!… ¡Pero usted láncese, Carver! ¡Que quede uno para contarlo!

Los que tripulaban el bimotor eran franceses y el único pasajero, era norteamericano.

Wilt Carver, un hombre de unos treinta años, moreno, de facciones enérgicas, miró a los aviadores y dijo:

—¡Correremos la misma suerte!…

Se quedó. El aparato iba descendiendo en círculo. Se encontraban muy cerca de un macizo montañoso y el piloto trataba de alejarse buscando la llanura de arena.

El sol se hallaba tan inclinado, que las sombras se proyectaban alargadas, en un trazo fantástico. Las montañas formaban dique al inmóvil oleaje de arena, avanzando su inmensa cuchilla de sombra, dentada por agudos picachos.

El aparato quedó encallado en la arena. Clavó la cabeza y la cola se levantó, pareciendo que fuera a dar la vuelta de campana. Pero enseguida descendió, escarbando en el suelo.

Una de las agujas de roca sobresalía de las demás, y se proyectaba sobre la arena como un dedo gigante que precisamente avanzaba hacia el sitio donde había quedado el avión, con una ala rota y la cabina aplastada.

Cuando la sombra del pico tocó el aparato, por una de las

ventanillas asomó la cabeza de Wilt Carver. Tenía la faz blanca. Se quedó mirando hacia la ondulante llanura, y sus ojos se abrieron desmesuradamente.

Sus manos se engarfiaron al marco de la ventanilla. Forcejeó, y su rostro acusó un desesperado y doloroso esfuerzo.

Ya tenía medio cuerpo fuera, cuando sus fuerzas parecieron agotarse. Con medio cuerpo colgando permaneció varios minutos.

Sentía dolor en las piernas, en el vientre, y la cabeza era un caos. El dedo de sombra que proyectaba el picacho rebasó el aparato y apuntó a la base de una duna. La sombra empezó a trepar, quebrándose.

Wilt levantó la cabeza y se quedó mirando la raya de sombra. Hizo un nuevo esfuerzo y consiguió descolgarse, cayendo de cabeza sobre la arena.

Volvieron a transcurrir varios minutos antes de que despertara de nuevo. Cuando lo hizo fue para reptar por el suave declive de arena, hincando las manos en el suelo.

Sus piernas parecían muertas. Sus botas dejaban dos profundos regueros. A los pocos metros quedó inmóvil, con los brazos en cruz, cara arriba, las manos hundidas en la arena.

Trataba de mirar a la cabina, donde sabía que estaban los dos tripulantes, horriblemente mutilados.

Fue sumiéndose en la inconsciencia. Cuando se recobró, ya apenas quedaban señales de sol. La noche iba a precipitarse.

Se había movido viento. A su izquierda vio unas formidables murallas de arena, en uno de cuyos declives se apreciaban huellas de pisadas.

Recordaba hasta el momento en que el aparato embistió el suelo y Wilt forcejeó para salir.

A su derecha estaba el aparato. Miraba las huellas de pisadas humanas que venían desde la cima de la duna y rodeaban el sitio en que él se encontraba. Luego se perdían por el otro lado del aparato.

Sabía que los dos tripulantes estaban muertos.

Las huellas eran de alguien que se había acercado. ¿Cómo había pasado sin socorrerlo?

De pronto vio una vaga silueta que se movía junto al fuselaje. Wilt quiso hablar, pero sólo pudo emitir un quejido.

La silueta quedó repentinamente erguida, quieta. Después fue

avanzando hacia él.

Era un bereber, un targui, con el rostro cubierto por el velo azul. A dos pasos de Wilt se detuvo. El viento aplastaba su holgada vestidura contra su figura esbelta.

En aquellos instantes a Wilt le pareció imponente, poseedor de todas las fuerzas que él precisaba.

Aun sabiendo que el targui no lo entendería, le habló en inglés, rogándole que lo socorriera. El bereber fue inclinándose, con los ojos muy abiertos. Le fulgían como ascuas.

De pronto Wilt se sintió cogido del pecho. Su espalda despegó bruscamente del suelo de arena.

La mano izquierda del bereber lo apresaba con inusitada fuerza. Y un largo cuchillo relumbró en su mano derecha.

Por unos segundos se creyó cegado por un relámpago de acero. La sorpresa lo dejó por unos instantes inmóvil.

De pronto su temperamento de lucha avezado a todos los riesgos, reaccionó. Wilt deslizó la mano derecha, buscando la pistola que llevaba en la cintura.

Temía que el arma hubiese salido de la funda, o que el bereber se la hubiese arrebatado.

Por suerte la funda de cuero con el arma, se había deslizado a un lado y la chaquetilla las cubría.

—¿Qué va a hacer? —preguntó Wilt, en tono dramático, con el propósito de ganar una fracción de segundo.

Los ojos del targui tenían un brillo demoníaco. Mantenía ahora el cuchillo en alto. Y el acero trazó un principio de luna en el crepúsculo.

Fue estando con el brazo en alto cuando Wilt le disparó. El bereber soltó el cuchillo.

Durante unos momentos se mantuvo arrodillado. Luego fue inclinándose, en actitud de orar. Y pegó su frente en la arena.

Wilt fue deslizándose, para alejarse del muerto. Al mirar hacia el lado del aparato, vio a otros dos tuaregs que venían hacia él.

Wilt se sentía desvanecer. Intentó levantar la pistola, pero no pudo. Se encontraban ya a muy pocos pasos de él, cuando desde la cima de la muralla de arena partió una descarga de metralleta.

Los dos tuaregs empezaron a oscilar, emitiendo alaridos. Wilt ya había cerrado los ojos cuando se produjeron los disparos.

Al abrirlos y mirar a su izquierda, vio contra el fondo azul del anochecer, dentando la recta cumbre de la duna, una hilera de camellos montados por tuaregs.

Únicamente había un caballo. Y quizá por la índole de la montura, el jinete que la cabalgaba daba la sensación de ser más pequeño que los otros.

Pero tenía la misma arrogancia que el resto del grupo. Y fue el primero en descender por la suave pendiente, siguiendo paralelo a las huellas que se veían en la arena.

Se detuvo frente al grupo que formaban Wilt y el targui muerto. Los otros dos cadáveres quedaban algo lejos.

Tras un silencio, el jinete que montaba el caballo pronunció con voz melódica, unos sonidos que a Wilt, ya medio inconsciente, se le antojaron lo más bello que nunca había oído. Y empezó a cerrar los ojos.

La agradable voz siguió sonando, sin, duda emitiendo órdenes, porque cuántos momentos antes estaban en la cima, iban descendiendo hasta colocarse cerca del aparato. Luego obligaron a sus monturas a arrodillarse.

Saltaron a la arena y algunos escudriñaron el interior de la aeronave. Buscaban sobrevivientes.

El arrogante jinete que montaba el caballo, impartió nuevas órdenes. El herido fue acomodado sobre un camello y emprendieron la marcha, hacia el macizo de montañas.

Al balanceo que imprimía la montura, Wilt pareció despertar, sumido en una niebla llena de ráfagas rosa y violeta. Era una visión que de pronto rasgaba todas las tinieblas en que momentos antes se sintió.

—Esa voz es de una mujer… de una diosa… —murmuraba, sumido en la fiebre.

La noche cerró del todo. Por el borde del macizo asomó una luna en creciente, roja, delgada, como una remembranza del cuchillo del targui. Pero la luna, por lo bermeja, parecía gritar que su golpe no había sido frustrado y que regresaba de matar al día.

Las tiendas de piel de musmón y de buey, se esparcían en una ancha área. Se veían algunas fogatas sobre las que había sucios calderos.

Mujeres tuaregs cuidaban de las hogueras, ayudadas por criados

negros.

Los hombres permanecían algunos en sus tiendas, sentados sobre pieles de carnero, frente a la tradicional vasija de té.

Algo más lejos, custodiando una masa inmensa de ganado, la figura esbelta y altanera del targui, caótica mezcla de pastor y guerrero, de gran señor y ladrón.

El targui que montaba el caballo dejó atrás al grupo que iba sobre los camellos y entró en el campamento.

Además de la montura diferente, el jinete destacaba por su indumentaria, por su capa blanca, cuando todos los demás la llevaban negra. Y también por el círculo azul que tenía en lo alto del turbante.

Fue directo a la tienda del jefe. Éste le aguardaba en la entrada.

El jinete saltó ágilmente del caballo. Apenas se saludaron.

—¡Tenemos que hablar, Shafuk! —exclamó, en correcto francés, el targui de la capa blanca.

—¡Me place en gran manera, «Furia Blanca»! ¡Es el mejor bien que Alá…!

La voz fina de la que acababa de llegar se oscureció, en un acceso de ira, al cortar las zalemas del jefe del campamento.

—¡No estoy para monsergas, Shafuk! ¡Tengo prisa!

Pasó al interior de la tienda y no se sentó. Ni aceptó el té que el otro le ofrecía.

Shafuk comprendió entonces que la visita de «Furia Blanca» obedecía a algo muy grave. Quedó de pie, expectante.

Shafuk era un egipcio bastante cultivado. Tenía varios asuntos pendientes con las leyes de su país y el desierto le brindaba campo abierto para sus correrías y tráfico más o menos delictivo.

En el Sudán cambiaba sal por telas de algodón. Sus camellos acarreaban mijo del Damergu y dátiles del Tidikelt. Parecía también ocuparse de la ganadería, traficando con caballos, camellos y ovejas.

La primera vez que la mujer apareció ante Shafuk fue entrando como una tromba, en la tienda. Y el egipcio quedó suspenso, ante tanta gallardía e ímpetu. «Te llamaré “Furia Blanca”… A mí se me conoce por Shafuk. ¿Basta esto?». «¡Sí!», le contestó ella.

Desde entonces ambos se habían comportado dando la sensación de que se ignoraban. Sobre el tablero de arena, cada uno hacía sus

jugadas, sin molestar al otro.

«Furia Blanca», sin perder su tono enérgico, refirió el accidente de la aeronave, y el ataque de los tuaregs.

—¡Los tres pertenecían a tu grupo, Shafuk! ¡Y allí han quedado!

Al decir que disparó contra ellos, en los ojos oscuros del egipcio asomó un brillo feroz. Pero sólo se mantuvo unos segundos.

Los dos se observaron en silencio. «Furia Blanca», por ser mujer; y Shafuk, por no pertenecer a los tuaregs, no estaban obligados a llevar el «litham», el velo azul que les cubría la cara.

En la tienda, encontrándose aparte de los subordinados, podían ambos descubrirse. Pero no lo hicieron. En ninguna de las entrevistas lo insinuaron siquiera.

En aquel encubrimiento del rostro, ambos creían disponer de su mejor defensa y de su principal arma de ataque.

—¿No será un error? —preguntó Shafuk, arrastrando las sílabas —. Esos hombres quizá no fueran a robar.

—¡Fueron a robar y a matar! —contestó ella.

—¿Matar a quién? ¿Es que había alguien con vida?

Una vez más el «litham» sirvió de defensa. El egipcio no pudo ver que los labios de la mujer se plegaban para contener una iracunda respuesta.

—¡Nadie había con vida! —dijo, mintiendo «Furia Blanca»—. De todas formas, tus hombres debieron tratar con mayor respeto a aquellos restos.

—Lo reconozco —contestó Shafuk, ya apaciguado.

—Tengo prisa. Solamente he venido para decirte que retires los cadáveres de tus subordinados y que ordenes a tu gente que se mantengan alejados de aquella zona. Mañana a primeras horas irán autoridades militares, para hacerse cargo de los muertos y el aparato. Es un avión militar francés. Tanto a ti como a mí, nos conviene no crearnos complicaciones. Creo que esto era un deber mío decírtelo.

—¡Que yo te agradezco en lo que vale, «Furia Blanca»! —exclamó el egipcio, pareciendo verdaderamente afectado—. ¡Por nada del mundo quisiera tener un tropiezo con los militares…!

La luz que había en el interior de la tienda daba en algunos momentos de frente al targui de la capa blanca. Shafuk siempre había sentido curiosidad por saber qué clase de facciones se

ocultaban tras aquel velo. Por la agilidad de los movimientos sabía que se trataba de una mujer fuerte y flexible. Por el brillo de los ojos, y por su corte, deducía que se trataba de una mujer muy joven.

—Confío en que tendrás en cuenta mi consejo —recalcó la mujer, saliendo de la tienda.

Fue adonde estaba su caballo sostenido de las riendas por uno de los bereberes que la seguían. Ágilmente saltó sobre la silla, y emprendió el galope, dejando atrás el área iluminada del campamento.

Shafuk esperó hasta que todos los camelleros se hubieron hundido en la noche. Giró bruscamente y se metió en la tienda.

En uno de los lados, dos grandes pieles servían de puerta para dar paso a otra tienda. Estas dos pieles se movieron y asomó una frente vendada, una cara rasurada, morena, de ojos oscuros.

El egipcio se quedó mirándolo.

—¿Ha oído, Scarff?

—¡Sí! ¿Quién es esa mujer? —preguntó, con tono irritado.

El egipcio hizo un vago ademán y se encogió de hombros.

—Es mejor no averiguarlo.

—¿Qué hace aquí?

—Recorrer el Ahaggar en todas direcciones.

—¿Al servicio del ejército francés? —preguntó el otro, cada vez más irritado.

—Es posible. Tengo entendido que tiene entrada libre en los fuertes.

El otro había pasado a la tienda del egipcio. Cojeaba. Era un occidental ancho de hombros. Llevaba pantalón gris, de buen corte y calidad. Iba en mangas de camisa.

Durante unos momentos el estupor con que miraba al egipcio, no lo dejó hablar.

—¡Pero esto es inconcebible! —prorrumpió de pronto, con un gesto de cólera, sentándose sobre una caja de madera.

—¿Qué es lo que le sorprende, Scarff?

—¡Su tranquilidad…! ¡Esa mujer le anuncia que ha matado a tres de sus hombres! ¡Le dice que los ha sorprendido registrando los restos del avión, y usted permanece como si la cosa no tuviera importancia…!

—Se equivoca, Scarff. Sé que la tiene… Pero de momento…

—¡De momento se va usted a quitar esa máscara! —lo interrumpió Scarff.

El egipcio cerró las manos, en un ademán crispado. Reaccionó con exagerada tranquilidad, y con mucha parsimonia fue quitándose el velo.

Su rostro apareció con un matiz azul. Se debía a que los velos de los tuaregs desteñían, ensuciando la piel de azul. Y esto era casi como un distintivo racial. Con ese color se pintaban las ojeras.

—¡Escuche, Scarff! ¿Qué puedo hacer contra esa mujer? Hasta ahora ella no ha significado un obstáculo para mí…

—¡Eso puede ser una treta!

—Sí. Es posible que tras de ella esté el ejército francés. Pero en tanto no tenga una prueba contra «Furia Blanca», yo no puedo actuar contra ella. ¿Es que quiere usted que me cierre todos los caminos?

El de la frente vendada se quedó mirándolo fijamente.

—En El Cairo hay una horca para usted, Shafuk —dijo agoreramente—. Le di cobijo en la Embajada y ahora estoy aquí para que me devuelva el favor. Compórtese como yo lo hice con usted.

—¡Vamos, Scarff! ¿Es que tiene alguna queja de mí? ¿Qué más he podido hacer? Desde que recibí su mensaje estoy acampado aquí. A lo largo del Macizo de Kemhir he tenido hasta hoy a la mayoría de mis hombres. A usted lo recogimos en el punto que indicó, y le hemos dado cobijo… Y aquí permanecemos porque a usted le interesa que así lo hagamos. ¿Qué más desea?

—Yo le estoy hablando de lo que acaba de ocurrir. ¿Por qué se ha acercado nadie al avión? Lo convenido era que todos esperaran hasta que se hiciera de noche.

Eso había sido una torpeza o un mal propósito de los individuos que se acercaron a la aeronave, sin duda para saquearla y huir.

—Mis hombres se han confiado. La verdad es que nadie podía suponer que «Furia Blanca» anduviera por aquí. Hace muy pocos días se encontraba en las montañas de Tassili.

Quedaron callados unos momentos. Scarff estiró varias veces la pierna de la cual se resentía.

El egipcio no dejaba de observarlo.

—¿Va mejor?

Scarff no contestó. Quedó unos instantes con los codos sobre las rodillas, mirando al suelo, pensativo. Su rostro atezado, cruzado de pliegues, reveló un gesto duro.

—¡Esa mujer ha dicho que mañana a primera hora las autoridades militares intervendrán! ¿Puede ser eso con tan poco tiempo? —preguntó, sin mirar al egipcio.

—El puesto militar más cercano está a tres jornadas a paso de camello.

—¡No importa! ¡Si tiene una emisora…! —Y se quedó mirando al egipcio, con gran ansiedad.

—En ese caso… —Y volvió a hacer un leve encogimiento de hombros.

Scarff se incorporó. La ira hizo que se olvidara de la pierna afectada. Acusó un gesto de dolor. Esto lo enfureció más.

—¡Imbécil! —Lo agarró del pecho—. ¿Qué es lo que pretendes con esa pasividad? ¡Te equivocas si crees que vas a dejarme en la estacada…!

—¡Scarff! ¡Escuche!

Pero el otro prosiguió, cada vez más colérico:

—¡Estás unido a mi suerte! En El Cairo he dejado gente que se encargará de revelar quién se encuentra tras el nombre de Shafuk, si a mí me ocurriera algo… Durante estos últimos meses he mantenido contacto contigo facilitándote grandes negocios que tienen por base esta zona.

A pesar del tinte de su piel, se notó que el egipcio palidecía.

—¿No se han de efectuar esos negocios? —tartajeó.

Scarff lo miró receloso, creyendo haber ido demasiado lejos, y contestó, ya en tono persuasivo:

—Sí. Esos negocios se harán. Más bien, uno solo. ¡Un único y gran negocio…! Pero todo se irá al traste, si de aquí a mañana los restos del avión y de cuántos iban a bordo, no desaparecen totalmente.

Se reflejaba en los ojos oscuros una alegría demoníaca. Después de un silencio, preguntó:

—¿Has comprendido, Shafuk? Todo tiene que ser borrado. ¡Pero lo que esa maldita mujer ha dicho y ha visto, es un grave riesgo! Varias veces he estado a punto de salir para arrojarme sobre ella.

Se dio con las manos en las caderas para subrayar la ausencia de armas.

—¡No tenía en ese momento un mal cuchillo! —concluyó, rabioso.

El egipcio fue a la caja de madera sobre la cual estuvo sentado Scarff. Levantó la tapa y sacó un cinto, en el que había dos largos revólveres negros. Scarff cogió el cinto y se lo abrochó.

—A partir de ahora esto no se separará de mí —dijo. Luego, mirando al egipcio, agregó—: Esa mujer ha dicho que retiraras los cadáveres de tus subalternos.

—Sí. Voy a ir yo mismo.

—Y yo. ¡Y toda la gente que puedas reunir!

—¡Pero Scarff! ¡Este viaje podrá perjudicar su pierna!

—¡No importa! ¡Iremos dónde está el aparato! Allí podremos esperar.

—¿Esperar qué?

—Que acuda esa «Furia Blanca»…

—Deseche esa idea, Scarff. Ella se encontrará ahora ocupada en enlazar con alguna patrulla de la pista de Tamanrasset.

—Mejor que sea así. Que nos dé tiempo para borrar huellas.

Unas horas más tarde, parte del macizo de Kemhir quedó perfilado en las tinieblas, coloreado por la formidable hoguera que se había producido en la hondonada donde encalló la aeronave…

CAPÍTULO II

Los *jeeps* se deslizaban por entre enormes dunas, a la velocidad máxima que permitía el terreno. Se veían formidables murallas superpuestas que en algunos puntos formaban una especie de ciudad muerta, cruzada por torcidos callejones, impresionantes por su soledad y silencio.

Cruzaron una extensa llanura de guijarros negros. Atrás habían dejado la pista de Ahaggar. Seguían internándose en el laberinto de dunas, cuando en lo alto de una de ellas, como una enseña, destacó el jinete de la capa blanca.

Los *jeeps* enfilaron en esa dirección. Cuando llegaron al pie de la duna, la rodearon y ya en la otra vertiente se detuvieron.

Los ocupantes de los *jeeps* eran personal perteneciente a los batallones de ingenieros que cuidaban de la pista. El oficial que iba en el primer coche se apeó, y emprendió la vertiente de la duna.

No denotó ninguna extrañeza por la indumentaria de «Furia Blanca», ni siquiera oyó su voz cantarina, limpia.

—¡Avisé a Fort Hassi que era urgente! —dijo ella, denotando contrariedad—. ¡Ese hombre hace horas que pudo ser hospitalizado!

—Nosotros somos el equipo más cercano a ustedes que captó la orden del comandante de Fort Hassi —contestó el oficial—. ¿Dónde está el herido?

«Furia Blanca» extendió un brazo señalando un pequeño oasis que destacaba con su manchón verde a medio kilómetro escaso.

—¿Es grave?

—No lo sabemos. Ha sufrido una fuerte conmoción y permanece inconsciente desde que lo recogimos… Allí están dos de mis tuaregs. Cuando lleguen a Fort Hassi entregue esto al comandante.

La mujer le dio un sobre cerrado. El oficial saludó y fue hacia el coche.

Los ocupantes de los vehículos permanecían callados, mirando a

lo lejos… Ninguno de ellos denotaba advertir nada anormal en aquel jinete.

Los *jeeps* partieron hacia el pequeño oasis. Instantes después regresaban, ya con Wilt en uno de los coches, en dirección a la pista.

Cuando los vehículos pasaban de regreso, el jinete todavía permanecía en lo alto de la duna donde se había efectuado la breve entrevista.

Momentos después, un reguero de pisadas de caballo señalaban el oculto callejón de arena por dónde había desaparecido.

Unas horas más tarde, cuando los helicópteros procedentes de bases militares ya habían retirado los restos carbonizados de los que tripulaban el avión, el viento empezó a soplar, con tal persistencia, que parecía que tuviera empeño en borrar toda huella del aparato.

El desierto continuó su eterno juego de arrastre de dunas, en lenta, pero inexorable marcha hacia el sur.

La hondonada en que quedó el aparato fue llenándose de arena.

Diríase que aquel hecho iba a quedar borrado por la arena y por la infinidad de accidentes de aviación más importantes, que frecuentemente llenaban las páginas de los periódicos…

En muy pocos periódicos figuró la noticia de que un avión militar francés se había estrellado en el desierto, pereciendo carbonizados todos sus ocupantes. La noticia no especificaba el número de víctimas.

Se dio con retraso a la Prensa. Para entonces ya Wilt Carver se había repuesto de la conmoción y empezaba a mejorar de la herida que tenía en el muslo izquierdo, y de las contusiones en varias partes del cuerpo.

Como periodista figuraba en el libro de registro del sanatorio. Y la primera visita que tuvo fue precisamente de un reportero gráfico.

—¿Qué demonios te ha ocurrido, «compañero»?

El convaleciente se encontraba sentado en un sillón, mirando a través de la ventana los jardines que circundaban los chalets que había en los arrabales de la ciudad.

Al volver se encontró con quien menos esperaba.

Era un hombre mofletudo, de cara roja que chorreaba de sudor. Vestía de caqui, pantalón cortado por la rodilla.

Iba cargado con las bártulos de un reportero gráfico.

—¡Gordinflón del diablo! ¿Qué haces aquí, Tavel? —Se quedó mirándolo de arriba abajo, y agregó, riendo—: Eres una barra de hielo. ¡Qué modo de derretirte! ¿Por qué no te vas al ártico?

Tavel no cesaba de reír.

—¡Tengo un reportaje a la vista!… Se acaba de producir un atentado contra un musulmán importante.

—Desde luego eres quien menos esperaba encontrar aquí. Te hacía en Formosa.

—Allí estaba —contestó Tavel.

—Aquí vas a quedar en los huesos.

—Eso quiero… En cuanto a que yo te he dado una sorpresa, lo considero una exageración con lo que te aguarda.

En ese momento llamaron en la puerta. Tavel hizo un gesto de alarma y dijo:

—¡Me parece que la sorpresa la tienes ahí!… Ya hablaremos otro rato.

Sin dar tiempo a que Wilt le contestara, abrió la puerta, se hizo a un lado para dejar paso al hombre que había llamado, y salió.

Al reconocer al nuevo visitante pareció que potentes muelles impelían a Wilt. Casi se puso de pie de un salto.

—¡Usted aquí!

Ya estaba anocheciendo. El recién llegado le tendió una mano. Era una mano muy distinta a la de Tavel. La de éste era como un trapo retorcido, todavía empapado. Pero la mano del recién llegado daba la sensación de que uno apresaba un manojo de cañas de bambú.

—¿Por qué tan asombrado, Wilt?

—Tenía entendido que usted se encontraba en Washington, inspector Heiden.

—Indiqué en el Departamento que le hicieran creer eso. No quise amargarle estas sofocantes jornadas…

—¿Desde cuándo está aquí?

El inspector hizo un gesto vago.

—Más tiempo del que yo deseaba.

—No voy a decirle que para mí es una satisfacción tenerlo cerca…

—¡Desde luego! Sabe que no le creería. Siempre ha preferido usted entendérselas con los «coolies» o con los cocodrilos, antes que

trabajar a mis órdenes. Pero esta vez no hay más remedio que atender al «Atravesado».

Wilt hizo un gesto de sorpresa. El inspector Heiden, sin darle tiempo a que hiciera ningún comentario, agregó:

—Sí, al «Atravesado». Ése es el apodo que usted echó sobre mis espaldas.

Wilt miró hacia la puerta.

—¡Ese maldito gordinflón! Fue él quién se lo dijo ¿verdad?

—Sí. Una vez que necesitábamos una consigna. Tavel me preguntó si serviría el vocablo «Atravesado». Le contesté que sí.

—Pues pudo soltar el que le apliqué a Tavel.

—¿Cuál?

—«Bola Aguaderas».

—Tal vez llegue la ocasión de utilizarlo… ¿Cómo se encuentra, Wilt?

—Bien… O casi bien.

—Ya me he dado cuenta por el salto que ha dado al verme.

El inspector Heiden se sentó. Colocando una pierna sobre la otra, permaneció unos momentos como reconcentrado.

—Tendrá usted que volver al desierto.

Wilt ya conocía la forma con que el inspector daba las órdenes para las misiones más arriesgadas. Era como si en el momento de exponer el asunto, dormitara.

Como Wilt permaneciera callado, el inspector agregó:

—El Sahara, hasta mayo, es soportable. ¡Pero qué demonios! Usted lo conoce mucho más que yo. ¿No estuvo usted en una misión que lo entretuvo en las montañas del Hoggar?

Wilt lo miró fríamente.

—No estoy para bromas, inspector. Estuve en esa misión y lo que he hecho ahora respondía al mismo asunto de entonces.

—Ah ¿sí? —El inspector puso un gesto de extrañeza—. ¿No iba usted de paso?…

—No.

—Tenía entendido que aprovechó el viaje de rutina de los dos oficiales franceses… Así me lo dieron a entender en la base militar. ¿Qué buscaba?

—Sacar unas fotografías. ¡Y usted lo sabe muy bien!

—¿Yo? ¿Y dónde están esas fotos?

—Quedaron en el aparato. ¿Las han recobrado?

—Todo lo destruyó el fuego.

—¡No es posible!… Por lo menos, si ocurrió, fue intencionado. Estuve consciente bastante tiempo para saber que todo, excepto los tripulantes, estaba a salvo.

—Explíqueme qué sucedió.

Wilt tenía deseos de exponerlo porque durante el tiempo que permaneció en la clínica, por norma del oficio se contuvo en decir que fue atacado por unos tuaregs y por otros salvado.

Así que terminó de relatar lo que recordaba, se quedó mirando al inspector.

—Ahora dígame qué hay tras de todo esto. Si el aparato fue incendiado, ¿quién lo hizo? —preguntó Wilt.

—Parece usted resentirse del golpe en la cabeza. Me han informado de cosas que usted ha dicho en los momentos de inconsciencia.

Wilt hizo un gesto de alarma que el inspector se apresuró a despejar.

—No se inquiete. Aparte de que todo el personal de aquí es de confianza, usted no ha hablado más que de fotografías y de los momentos en que el aparato recibió una sacudida.

—Fue muy extraño lo que nos sucedió, inspector. Precisamente en el sitio clave en que tuvimos que descender para sacar las fotos que me importaban, se produjo la «avería»… ¿Por qué se sonríe?

—Porque es preferible a maldecir. La base de donde salió el bimotor es frecuentada por elementos civiles y existen recelos de que hubo sabotaje… Lo extraño es que la «avería» se produjera cuando volaban sobre el punto clave. Cualquiera diría que abajo había «influencias» para que los motores fallaran.

Wilt lo miró fijamente.

—¡Yo lo digo! —afirmó—. He pensado mucho en eso… y ahora que usted me asegura que el aparato ha sido incendiado…

Se calló, para quedar abstraído.

—Bien: El asunto que ahora importa tratar no es si el aparato fue o no saboteado. Eso ya se encargarán de investigarlo las autoridades francesas. Hay algunos agentes de la Interpol también sobre el asunto, por «accidentes» semejantes ocurridos en países del Oriente Medio. Nosotros debemos ceñirnos a lo que originó el que

usted se metiera en el desierto. Ese maldito depósito de armas de cuando la segunda gran guerra es lo que hay que localizar. Al menos, debemos saber si en realidad ha existido alguna vez.

Wilt lo miró entre sorprendido e indignado.

—¿Ahora dudan que haya existido?

—No está de más la duda para cubrirse de un desengaño. Todo esto puede ser origen de una mente febril… El desierto gasta esas bromas. Usted mismo, Wilt, ha estado delirando, hablando de una mujer y una «voz de plata». ¿Es que nunca va a dejar de lado a las mujeres?

—Inspector: Si yo he hablado de una mujer, es porque fue lo último que percibí. Voz de plata o de hierro. Pero a mí me pareció muy agradable…

—Tal vez haya algo de verdad —contestó el inspector—. A propósito: ¿He dicho que ha habido otros «accidentes» como el suyo?

—Usted sabe que lo ha dicho —contestó Wilt.

El inspector Heiden se pasó una mano por la frente. Sacó un papel de un bolsillo, lo miró y volvió a guardárselo:

—Quizá el nombre del capitán de aviación Horney le suene…

—¡Horney!… ¿Se encuentra aquí? —preguntó Wilt, con alegría.

El inspector ensombreció el rostro.

—Murió… hace ya bastantes días. También por «accidente».

—¿Dónde?

—En el Sahara… a bastantes millas de donde usted cayó.

—¡Nada sabía! —contestó Wilt, muy afectado.

—Se dio orden de callar ese «accidente». Era un avión «tranvía» que tocaba distintas bases nuestras desde Irán al Atlántico. La tripulación era muy experta. Usted ya sabe quién era el capitán Horney.

—¡De los más capaces!…

—A bordo había en total ocho hombres… Uno era un experto intérprete nuestro en dialectos árabes. Un tipo muy interesante. Durante mucho tiempo prestó servicio en nuestras Embajadas y Legaciones en Oriente Medio. Cuando se proponía pasar inadvertido hacía obras maestras de caracterización… Pero últimamente pareció perder interés por los hombres y paisajes del Oriente Medio. Su atención quedó fija en África, en el Sahara concretamente… ¿Me

entiende, Wilt?

—Siga.

—En los últimos meses se interesó mucho por la configuración de la zona. Sobre todo, por el relieve de su suelo… Y estrechando más el círculo, por el Macizo de Kemhir. No sé si usted estuvo allí…

—¡Sabe muy bien que estuve! Cuando se me encomendó la misión de localizar ese maldito depósito de armas, es al Macizo de Kemhir adonde me encaminaron… ¡Y por favor, vaya al grano!

La idea de que el capitán Horney hubiese muerto, le hacía insoportable la técnica del inspector, de exponer los asuntos por fragmentos.

—Bien: iré directo a la cuestión… Ese tipo que sabía utilizar mil caras, mil nombres y mil acentos, acompañaba al capitán Horney en sus viajes a las bases del Atlántico… Ese individuo ya estaba bajo la vigilancia del Departamento. Se le habían cogido varios «errores» en sus traducciones de conversaciones con indígenas que desfilaban por nuestras Legaciones… Este interés por las rutas del Sahara, nos llevó a pedir al capitán Horney que procurara sonsacarle sin despertar sospechas. En todas las travesías nuestro hombre pedía al capitán volar lo más bajo posible, para sacar fotografías. Especialmente cuando se acercaban al Macizo de Kemhir. Allí era donde solicitaba que volaran un par de veces sobre aquellas cimas…

Hizo una pausa, poniéndose a pasear. Quedó de cara al ventanal, mirando la noche.

—En el último viaje, nuestro hombre quizá llegó a la conclusión de que era observado por el servicio de contraespionaje… Debió recelar que el capitán Horney era demasiado «complaciente» con él. El caso es que el aparato sucumbió… Y también fue incendiado. Los helicópteros franceses, cuando se acercaron, encontraron solamente carbones mezclados con arena. Más tarde se hizo una investigación minuciosa y se comprobó que faltaban los restos de uno de los hombres que iban a bordo.

—Quizá se echó en paracaídas.

—Quizá… Como es posible que el desierto se encargara de devorarlo… Pero de esto se encargará usted.

Tras una pausa, añadió:

—Usted… y «Bola Aguaderas».

A los pocos minutos de estar Wilt conferenciando con el reportero gráfico Tavel, tiró el lápiz contra el mapa extendido y se puso a pasear por la habitación.

—¡No me lo explico, Tavel! —exclamó, viendo que «Bola Aguaderas» recogía el lápiz y proseguía los apuntes que antes tomaba Wilt.

—¿Qué es lo que no te explicas?

—¡Tu cachaza! Seguramente te figuras que vas a un palacio, donde siempre hay una mesa dispuesta… ¿Sabes a dónde se nos envía?

Tavel, con la mayor tranquilidad, apuntó a una zona del mapa.

—Ahí.

—¿Y tú sabes lo que es ahí? —rezongó Wilt, a quién el malhadado fin del capitán Horney iba por momentos volviéndolo más sombrío.

—Tengo una vaga idea.

—¡Yo la tengo muy concreta! Cada minuto que transcurre me siento más cerca de ese infierno. ¡Cochino lugar! Al poco de sentir las sandalias quemándote los pies, por el calor que reciben de la arena, tienes que buscar matojos para encender fuego, porque te mueres de frío.

—Bueno —contestó Tavel—. Recuerdo una novia que yo tenía que…

—¡Te estoy hablando en serio! No eres el hombre adecuado para acompañarme al desierto…

—¡Pero Wilt, si es el sitio ideal para un hombre como yo! Un lugar donde no se suda.

Esta paradoja la daba el desierto. Claro que aparentemente. El aire seco absorbía toda humedad y aunque Tavel sudase a chorros, podría tender la mano tan seca como la del inspector «Atravesado».

—Preferiría ir solo.

—Eres mal fotógrafo, Wilt.

—Se trata de simular que somos periodistas en plan de reportaje. Bastará con que me cuelgue al lado una máquina fotográfica…

—Es que hay que fotografiar de veras —subrayó Tavel, suavemente.

Wilt pareció que fuera a prorrumpir en carcajadas.

—¿Acaso has de fotografiar a los tuaregs?

—¿Por qué no? A las mujeres por lo menos. Tengo entendido que las hay muy hermosas…

Wilt se le quedó mirando receloso, esperando que aludiera a los fantasmas que aparecían mezclados con los tuaregs, hablando con voz de plata.

Pero Tavel parecía no estar enterado de lo que Wilt dijo en su delirio. Se puso de pie, súbitamente grave.

—Le tienes manía al inspector Heiden, y eso no te deja ver con claridad. Sólo piensas que se encuentra aquí para fastidiarte.

—¿Y no es así?

—Él te estima mucho…

—¡Vete al demonio!

Tavel permaneció unos momentos mirándolo, cada vez más serio.

—Wilt, no sé si el inspector aprobará lo que voy a decirte. Pero como nada me ha dicho de que me lo callara, te lo voy a revelar. Apenas ocurrió el «accidente», volamos sobre el Macizo de Kemhir, y saqué fotos.

—¿Fotos de aquellos picachos? ¿Para qué?

—Quizá para hacer un mapa. ¿No es lo que tú buscabas?

—Sí. Pero a nadie dije que pretendía eso…

—No importa. El inspector adivinó tu idea y ha querido aprovecharla.

Wilt quedó unos instantes pensativo y sonrió, irónico.

—Ni siquiera ha sido idea mía. Ya hubo un hombre que se me adelantó.

Se refería al misterioso individuo que actuó como intérprete, en distintas Legaciones y Embajadas del Oriente Medio.

Wilt se mantuvo callado durante unos momentos. Sus ojos castaños adquirían a veces un inusitado brillo.

—¿Por qué el inspector no me ha hablado de esas fotografías?

—No están aquí. Se enviaron a Washington.

—¿Para qué?

Tavel se encogió de hombros.

—El inspector no me lo dijo.

Pero Wilt sabía demasiado la forma de comportarse del inspector Heiden, alias el «Atravesado».

—¡Un zorro viejo, flaco, y lleno de pulgas, eso es el inspector! Y puedes soltárselo a la primera ocasión en que necesite una consigna. Las fotografías las tiene aquí. De eso estoy tan seguro como de que me envía a roer un hueso. Sí, dentro de un par de horas, otra vez al avión. Ya me ha dicho que no era necesario que me preocupara del equipo —y parodiando al inspector, exagerando un tono amable, agregó—: «Todo está dispuesto, Wilt. Acuéstese. Ya vendrán a buscarle…». Sí, todo está dispuesto. Me embalan con una foca que suda como un iceberg en el trópico. ¡Y hale, al desierto, y entiéndetelas como puedas!…

Wilt encendió un cigarrillo. Pero enseguida lo tiró. Se quitó los zapatos y se echó sobre una de las dos camas que había en la nueva habitación de la clínica que les habían destinado.

Al momento se incorporó para quitarse la pistola. Iba a dejarla sobre la silla. Pero cambió de parecer y la dejó bajo la almohada.

Tavel seguía inclinado sobre el mapa, sacando apuntes.

Pero éste ya estaba dormido, oyendo en sueños el mugir del viento, entreviendo dentro de una nube de arena, la erguida figura del tuareg de la capa blanca que tenía voz de mujer y que sonaba a plata…

CAPÍTULO III

En El-Golea, en el mismo aeródromo, cuando Wilt y Tavel se disponían a entrar en el bar —media hora más tarde debían reanudar el vuelo— les fue entregado un radiograma.

«En el Hotel Arc esperen "film"».

—¡Serán las fotos! —exclamó Tavel.

—Lo que sea, no importa —contestó Wilt—. En El-Golea se está bien. Hay mujeres y hay rosas.

Había mujeres. Bellas mujeres, de todas las razas. Pero El-Golea tenía su nota más destacada en las rosas. En el mismo borde del desierto se mantenían encendidas maravillosas fogatas de rosas sangre y rosas blancas.

Eran como una remembranza del desierto: las frías noches y el infernal fuego del día, trabados.

La calidad del hotel en que se alojaron parecía un sarcasmo que les dirigía el inspector Heiden, precisamente por el confort que tenía el establecimiento.

—Ya estamos en el Sahara, amigo. Y el inspector nos da la orden de alto para que meditemos sobre lo que dejamos atrás —comentó. Wilt, sardónico.

En el *hall* había damas occidentales, vestidas de blanco, algunas con escotes tan sugerentes, que Wilt había momentos en que se olvidaba de las rosas.

En la administración los recibieron hablándoles en inglés.

—¿Son ustedes los periodistas americanos?

—Sí —contestó Wilt, con cierta sorna.

Les tenían reservadas dos habitaciones que se comunicaban.

—No dirás que el «Atravesado» no se porta bien —comentó Tavel.

Ya estaban en sus respectivas habitaciones, abierta la puerta de paso.

—Con tal de que esto dure.

—Tengo la seguridad de que no estamos moviéndonos en completa independencia —declaró Wilt, recostándose contra el marco de la puerta, de espaldas a la habitación del fotógrafo.

—¿Qué quieres decir?

—Que el «Deuxième Bureau» nos lleva del brazo.

—¿Tú crees?

—En todos los sitios donde hemos hecho escala me he tropezado con un par de ojos que chispeaban con inteligencia y con una malicia muy francesa. Unas veces esos ojos pertenecían a un aparente viajero que esperaba su avión. Otras, a un empleado del aeródromo. Incluso aquí en el hotel, he visto a un caballero sentado a la entrada del *hall* que simulaba mirar una revista también muy «francesa», pero que era a nosotros a quienes observaba.

Tavel se disponía a ducharse.

—Creo que tienes razón… Estamos encontrando demasiadas facilidades.

Y se metió en el baño. Cuando salió, Wilt ya no estaba en la habitación. No se hizo con él hasta una hora más tarde, en el comedor.

Casi todas las mesas estaban ocupadas. Tavel se sentó al lado de Wilt sin que éste pareciese darse cuenta.

Wilt siguió callado, mirando a un extremo de la sala. Tavel, casi maquinalmente, empezó a torcer la cabeza para seguir la dirección en que miraba Wilt.

—Ocúpate de tu comida —le reprendió Wilt.

—¡Ya! Nos encontramos con la mujer de turno. ¿De qué color son los ojos de ésta? ¡Azabache puro, desde luego!…

—Grises —murmuró Wilt.

—¡Vaya! Sólo faltaba que fuera rubia.

—Rubio oscuro… ¡Pero sus ojos!… Ya puedes mirarla. Se ha dado cuenta de que hablamos de ella y ha sonreído.

A Tavel no le fue difícil localizarla. Se encontró enseguida con el esplendor de los ojos más bellos que jamás había visto, en un óvalo atezado, de facciones delicadas.

Se encontraba sentada a una mesa en la que había un oficial

francés y una señora, ambos de mediana edad.

La de los maravillosos ojos era muy joven. El tenue vestido que envolvía su busto, acusaba el contorno de unos senos altivos.

—Ha llegado hace media hora. Se llama Desy. El oficial y esa señora son sus amigos y le han rogado que se quede aquí unos días… Ella vacila —explicaba Wilt, sin dejar de mirar a la mesa donde estaba la hermosa muchacha—. Que decida quedarse y que el «Atravesado» se olvide de nosotros. Eso me reconciliaría con él.

—¿No has averiguado nada más? —preguntó Tavel, con sorna.

—Sí. Que tiene la figura más arrogante, el cuerpo más flexible y felino que nunca he visto.

Tavel se pasó una mano por la cara. No se encontró el sudor que seguramente esperaba, y pareció desasosegado.

—¡Y es de las que hacen frente! —exclamó.

Se refería a la joven. Ella había estado mirando a Tavel con tal fijeza, que el sanguíneo rostro del reportero se convirtió en una llama.

Pero en todo aquello había algo que Wilt no señaló a su compañero y que no obstante ocupaba su atención. Era la sorprendente indiferencia que demostraban los que acompañaban a la hermosa joven. Ni el oficial ni la dama, ladearon una sola vez la cabeza para ver quién atraía las miradas de la joven.

Wilt se consideraba tan zorro y lleno de reservas como pudiera serlo el inspector Heiden. Ya una vez el «Atravesado» intentó meterle una zancadilla para curarlo de su tendencia a las aventuras galantes. Pero el inspector salió chasqueado, porque Wilt, sin dejar de cumplir con éxito su misión, supo dar a la vampiresa el trato que merecía.

¿No se encontraría ahora ante otra prueba? El viejo Heiden no escarmentaba.

«En el Hotel Arc esperen “film”», decía el radiograma. Y a la media hora de estar allí, Wilt captaba el primer relumbre de estos maravillosos ojos grises. Hasta entonces se había tropezado con miradas de hombres, que con toda seguridad pertenecían al servicio secreto francés.

¿Qué era esta muchacha? ¿Acaso un elemento provocador del Departamento?

—Nuestra profesión tiene esto —dijo en voz alta, en francés, en

el momento en que la joven y sus acompañantes que se habían levantado y pasaban cerca, pudieran oírle—. Hoy aquí, entre rosas y bellas mujeres; mañana, entre arena y sarmientos… Todo para que los lectores, repantigados en su sillón, imaginen que viajan.

Al pasar frente a ellos la muchacha había vuelto la cabeza, sin el menor disimulo. Y miró a los dos, sonriéndoles.

—¡De veras que tiene planta! —exclamó Tavel, observando el garbo con que ella cruzaba la sala—. Pero a todo esto ¿por qué me hablabas en francés? ¿Para que supiera que somos «periodistas»?

—No. Eso ya lo sabe. La sorprendí averiguándolo en la administración.

La habitación de la joven francesa se encontraba en un ala distinta a la que ocupaban los dos americanos.

Era la hora de más calor y todo el mundo desaparecía de los sitios poco umbríos. Las calles estaban en aquel momento totalmente solitarias.

En el *hall* del hotel, a excepción de dos viajeros que esperaban el coche para trasladarse al aeródromo, no había nadie.

Tavel y Wilt se fueron a su habitación.

—Cuando el sol empiece a declinar, cada bicho asomará la cabeza por su madriguera —dijo Wilt, disponiéndose a dormir la siesta.

Tan larga fue, que ya el sol se estaba poniendo cuando Tavel entró en su habitación, dando saltos.

—¡Tenías razón, Wilt! ¡Sabía que «somos periodistas»!

Wilt despertó a medias.

—¿Qué ocurre? ¿Llegó el «film»?

—No. Te estoy hablando de esa preciosidad… Está en el *hall*. Conoce bien este oasis y se ha ofrecido a acompañarnos.

Wilt, sentado en el lecho, casi desnudo, había hundido las manos en el cabello y balanceaba la cabeza, como si quisiera ahuyentar una borrachera.

—¿Has dicho acompañarnos? —preguntó, soñoliento.

—Sí, eso he dicho. Pero si no te das prisa en vestirte se nos escapará esta oportunidad.

—¿De veras? —inquirió, irónico.

Se metió en la ducha.

—He hablado con ella durante un cuarto de hora —siguió Tavel

—. Habla un inglés perfecto, Wilt… Y sabe mucho de periodismo. Así que, prepárate para no caer en errores. Conoce muy bien el Sahara. Es hija de un comandante francés. No recuerdo qué fuerte me ha dicho que rige su padre…

—Lástima que no prestaras atención —contestó Wilt, ya fuera de la ducha, con retintín.

—¿Es que te interesa el nombre del fuerte?

—Sí. Podía «coincidir», que estuviese en la zona a la cual nos dirigimos.

Se vistió deprisa. Se afirmó al hombro la pistolera, luego se puso la chaqueta y salieron.

En el *hall* se encontraba la joven, sentada en una silla de mimbre. Mantenía una pierna sobre la otra, moldeando sus largos muslos bajo el vestido.

—Mi amigo —presentó Tavel.

Ella entornó los ojos y sonrió. Mirándoles dejó la revista que tenía en las manos y declaró:

—Mal sitio el Sahara para reportajes. ¿No opina usted lo mismo? —preguntó, mirando a Wilt.

—Sí, eso creo yo también —contestó Wilt, mirándola con descarada fijeza.

—Sin embargo —agregó Desy, mirando para otro sitio, como azorada—, yo le decía a su amigo que si se sabe buscar… Este oasis puede ser un ejemplo de lo que en el interior del Sahara se puede hallar, si uno va predispuesto a encontrar belleza.

Ya se había puesto de pie. Los tres, con naturalidad, echaron a andar hacia la salida.

—No se pierdan la puesta de sol. Los palmerales a estas horas son algo digno de contemplar —y reparando en la correa que cruzaba el pecho de Tavel—: ¡Pero nada de fotografías!… ¡No los acompañaré si lleva usted la máquina!…

Parecía en realidad sentir horror de las máquinas fotográficas. Tavel fue cogido de sorpresa, y miró abrumado a la joven:

—¡Pero… manejar la máquina es mi oficio!

Wilt rompió a reír.

—No, insistas, Tavel. Deja la máquina en tu habitación. Ya nos alcanzarás.

Al mismo tiempo le hacía un guiño, indicándole que se quedara

en el hotel.

—Puede llegar el «film» —agregó, cuando la muchacha ya se había alejado unos pasos.

—¡Nos conocemos, Wilt! Después de todo, ella también parece desear encontrarse a solas contigo —y fue a dejarse caer en una silla.

En la calle, ya en sombra, Wilt dijo a la joven:

—Ha herido usted a mi amigo en lo más hondo. Habrá que explicarle que sólo era un pretexto para que nos dejara…

—¡No ha sido un pretexto! —Denegó ella seriamente—. ¡Odio las fotografías!

—¡Qué extraño!

—¿Por qué?

—O quizá no es tan extraño, pensándolo mejor. Una mujer tan bonita como usted, nada puede ganar con las fotografías.

Cruzaban ya un sendero con altos setos llenos de rosas. No muy lejos destacaban las palmeras, soportando en sus copas los últimos hachazos de sol.

De vez en cuando se cruzaban con algún negro cargado con herramientas agrícolas que regresaba al poblado; con beduinos y judíos; con mujeres embozadas en sus velos, todos caminando sin prisa.

Algunos, alcanzados por un refilonazo de sol, proyectaban una sombra desmesurada, fantasmagórica, más que por el trazo, por el silencio con que se deslizaba.

Wilt se daba cuenta eje que se alejaban demasiado del poblado. Pero nada hizo por impedirlo. De un momento a otro abordaría la cuestión con toda claridad.

La joven se había puesto a hablar de periodismo. De vez en cuando hacía preguntas a Wilt, y éste respondía lo más brevemente posible, la imaginación puesta en otro sitio.

En algún momento observaba a Desy con verdadera hostilidad. Era endiabladamente bonita y Wilt seguía pensando en que era un escollo que el inspector Heiden le ponía al paso.

Se habían metido por una senda ancha, bordeada de palmeras. Al fondo destacaba una tupida masa de cipreses, con las puntiagudas copas temblorosas y bermejas, en grupos de lanzas prontas a embestir de nuevo al sol.

Una sensación de incendio dominaba todo, pero sin calor, como algo proyectado a enorme distancia.

Al emprender un suave declive que había a un lado de la senda, Wilt miró hacia los cipreses. Algo había moviéndose en la verde barrera.

Una cabeza envuelta en la oscura toca de los tuaregs asomó unos segundos. Hacía unos momentos que Wilt tenía la sensación de que los seguían.

El sitio no permitía divisar una ancha área. Demasiados árboles y demasiados setos lo impedían.

—Desde ahí arriba dominará un bello paisaje —dijo Desy, emprendiendo la cuesta.

Pasó delante. Al empezar a ascender, los escuetos, contornos de su cuerpo joven se plasmaron bajo el vestido. El talle alto; caderas levemente redondeadas; las piernas finas y musculosas, el paso firme…

Wilt permaneció unos momentos inmóvil, contemplándola fascinado. Ella se volvió de pronto y su piel de bronce captó reflejos del fuego que se hundía en el horizonte.

Pareció desconcertada, ante la fija mirada de Wilt.

—¿Qué sucede?

—Pienso que no es tan malo el desierto.

Fue como si el simún, el viento del desierto impulsase a través de la arboleda trombas de arena. Empezaron a sonar pasos precipitados.

Un targui surgió de entre los cipreses, a la derecha de Wilt, otro detrás. La muchacha cambió instantáneamente la expresión de su rostro.

Miró iracunda a los tuaregs. Pero fue todavía más trascendente el cambio que se produjo en su voz, al emitir vocablos en extraña jerga.

Antes de dirigirse a ellos, gritó, mirando a Wilt:

—¡Lleve cuidado!…

Otros dos, con el rostro oculto por el «litham», aparecieron en lo alto de la cuesta, a mitad de la cual se encontraba Desy.

Wilt miró a su alrededor. Al principio no estaba dispuesto a tomar aquello en serio. Lo consideraba una treta de aquella mujer para probar sus nervios, o para divertirse…

Esperó a pie firme a que los dos que habían surgido de los árboles se le acercaron. La quietud de Wilt pareció intimidarlos, y se detuvieron.

A unos cinco pasos se quedaron, los ojos fulgentes fijos en el americano. Fue entonces cuando Desy prorrumpió en vocablos desconocidos para él. Se dirigía a los tuaregs.

Y de pronto surgió la visión del momento en que el aparato encalló en la arena. ¡Era ésta la voz, su misma armonía! Quizá la cólera la deformaba, pero el sonido de plata surgía cuando pronunciaba aquella extraña jerga, y no antes, cuando ella le habló en inglés.

Wilt iba a hablarle, cuando intuyó el peligro que le acechaba por la espalda y giró, dando un salto. Aplicó un puño en el rostro de un tuareg, y éste emitió un aullido, abrió los brazos y retrocedió, tambaleándose.

El otro enemigo echó a correr hacia los cipreses, en el mismo momento en que Desy emitía un grito.

Wilt ya tenía la pistola en la mano. Entrevió la capa negra del targui y el vestido blanco de Desy, cómo enrollados por un mismo brazo de viento.

El bereber, alto, imponente, sujetaba de la garganta a la muchacha, con una mano. La otra se levantó rápida. Un cuchillo curvado, un acero cuyo trazo sugería un retazo de luna, brilló una fracción de segundo en el aire.

Pareció que la llamarada surgía del pecho de Wilt, tan pegada tenía el arma a su cuerpo. La toca negra del targui se avivó de sangre.

El bereber cayó de espaldas, sin soltar el cuchillo, apuñalando el aire. Ya en el suelo, cara arriba, su mano armada giró, trazando con el acero un surco en la arena.

Sólo el targui muerto estaba a la vista. Los otros habían desaparecido.

Wilt se acercó a la muchacha y la cogió de los hombros.

—¡Y no quise creerlo! —prorrumpió, ronco—. ¿Está herida?

Ella denegó con un movimiento de cabeza. Wilt la soltó y retrocedió unos pasos.

La joven permanecía rígida, apretándose con las manos las sienes, mirando al suelo.

—¿Qué es lo que usted no quería creer?

—Que esta gente viniera en serio.

—¡Vámonos de aquí! —dijo Desy—. He de dar cuenta al comandante.

Con paso acelerado emprendieron el regreso. No se cruzaron con nadie. Pero la sensación de que les observaban, de que tras los setos había gente acechando, no abandonó a Wilt hasta que se internaron en el poblado.

Cerca de la comandancia, la joven indicó:

—Vuelva al hotel y espere allí noticias.

—¿Qué clase de noticias? —preguntó Wilt.

Ella le miró con gravedad.

—Me encuentro en este lugar por el mismo asunto que ha traído a usted aquí. Y usted lo sabe.

Dirigió a Wilt una mirada penetrante. Éste contestó:

—Suponía que usted no ignoraba qué clase de «periodista» soy.

—Lo que acaba de ocurrir tiene para mí más importancia de la que usted pueda imaginar. El ataque venía dirigido a mí exclusivamente.

Wilt la miró sorprendido.

—¿Por qué contra usted?

—Hasta ahora he estado desarrollando determinado «juego» que ya no podré continuar.

—¿Debo entender que pertenece usted al servicio secreto francés?

Desy frunció el ceño. Pero no parecía molesta por la pregunta.

—Simplemente colaboro con ellos y con el ejército, en la misma medida que ellos colaboran conmigo —hizo ademán de tenderle la mano, en despedida—. Gracias por su ayuda.

Wilt sentía la tentación de aludir al momento en que él fue salvado de morir bajo el cuchillo de un targui, tal como a ella acababa de ocurrirle.

Pero si bien en el momento en que los tuaregs los atacaban y ella los recriminaba con vocablos que Wilt desconocía, le pareció la mujer del desierto, ahora, oyéndola hablar en inglés, con entonación natural, más bien fría, ya dudaba que fuera la misma mujer.

—No tiene que agradecerme nada —contestó Wilt—. En todo

caso estamos en paz.

La miraba al centro de los ojos.

—¿En paz? Yo todavía he hecho muy poco por usted —respondió Desy, con magnífica impasibilidad.

Se estrecharon la mano.

—Esto no será una despedida definitiva —dijo Wilt.

—¡Quién sabe! —contestó Desy, sonriendo.

Desy se volvió con rapidez y con paso firme y rápido desapareció por uno de los senderos que cruzaban el jardín, en cuyo centro se levantaba un edificio de las fuerzas armadas, guardados por «goumiers».

CAPÍTULO IV

Un oficial francés, muy joven, llamó en la habitación de Wilt y le entregó una nota, escrita por el inspector Heiden.

> «*Déjese conducir por el portador.*
> »*EL ATRAVESADO*».

—¡Lo tenemos aquí, Tavel! —exclamó Wilt, aludiendo al inspector.

—Ya me doy cuenta.

—Que sea para bien.

Salieron a la calle. Ya era de noche. Cruzaron varias callejuelas. De pronto Wilt se encontró en el mismo jardín donde se despidió de Desy.

La idea de que en aquel puesto militar volvería a verla, lo alegró.

Efectivamente, el inspector Heiden había llegado a El-Golea. En una ancha habitación donde había una gran mesa escritorio llena de mapas y carpetas, los recibió el «Atravesado». A su lado se encontraba el mismo oficial que vieron aquel día en el comedor del hotel acompañando a Desy.

—Mis muchachos —dijo el inspector, a modo de presentación, señalando a Wilt y a Tavel.

El oficial sonreía.

—Ya nos conocemos —y les tendió la mano.

Enseguida salió de la habitación, cerrando la puerta. Wilt se sentó, al tiempo que comentaba:

—Esta muchacha es más peligrosa que la que en cierta ocasión me echó al paso, inspector…

—Si se refiere a la señorita con quien ha paseado esta tarde…

—¿Paseado? ¡Qué optimista! ¡Menudo paseo! ¿Es que no le han

dicho…?

—Sé lo ocurrido. El oficial que acaba de salir ha insistido mucho en que le diera las gracias.

—No había motivo, inspector. Creo que ella hizo mucho más por mí… en otra ocasión.

Esperaba que el inspector le preguntara cuándo Desy le prestó ayuda, pero el «Atravesado» hizo como que no oía.

—Aquí tenemos el film —dijo el inspector.

Wilt se inclinó sobre la mesa. El inspector empezó a abrir carpetas y a sacar grandes fotografías de montañas captadas desde gran altura. Pero podían apreciarse nítidamente las rugosidades de sus cimas, los rotundos cortes, las profundas gargantas.

Como si acoplara las piezas de un rompecabezas, el inspector iba colocando unas fotografías junto a otras, sin vacilar apenas, como si siguiese una invisible numeración, o tuviese bien sabido aquel juego.

Wilt miraba las fotografías sin decir nada. De pronto señaló un área.

—¡Estas montañas las retraté yo! ¡Fue entonces cuando se produjo el «accidente»!

—Fíjese bien, Wilt. ¿Está seguro?

Tras unos instantes de silencio, contestó:

—Sí. Estoy seguro.

—Hay otras muy parecidas, en otros sectores.

Indicó montañas que parecían tener la misma configuración.

—¡Son éstas, inspector! ¡Estoy seguro! ¡Lástima que se perdieran!

—No todo se perdió, Wilt: Usted llevaba en el pecho unos mapas, que fueron entregados al puesto militar más cercano.

—Sí, llevaba varios croquis de estos montes. Hacía unos momentos que me los había guardado en el pecho. Me proponía lanzarme en paracaídas.

—¿Para qué?

—Pensaba estar allí un par de días.

—Pero usted ya estuvo meses atrás.

—Ahora tenía una experiencia que entonces no poseía. Conocía las montañas desde una altura muy conveniente para advertir rugosidades que luego podrían orientarme… Pero entonces se

produjo en los motores el malhadado chasquido.

El inspector lo miraba con mucha atención.

—No se precipite, Wilt, al señalar las montañas. Es muy importante lo que usted ha dicho ahora: que el fallo en los motores se produjera al volar sobre esos montes. Precisamente sobre esos montes.

Les dio cigarrillos. Mientras Wilt y Tavel encendían y se quedaban mirando las fotografías, el inspector manifestó:

—Creo que ya es hora de que los dos conozcan el fondo de este asunto. Hay un depósito de armas. Eso es seguro…

Wilt se volvió a mirarlo, con sorna, y recordó:

—No hace mucho usted parecía dudar.

—No me acuerdo… O quizá me conviene no acordarme —contestó el inspector—. Bien: Es seguro que existe el depósito de armas. Pero esto no es lo principal. No queremos restar valor a esas armas, porque si caen en manos de tribus rebeldes o de alguien dispuesto a convertirlas en dinero, pueden ir a parar a lugares bien molestos para los occidentales.

—¿Qué es eso tan importante? ¿Drogas? —preguntó Wilt.

—En la pasada guerra, un año antes de que nuestras fuerzas procedieron al desembarco en África, se lanzaron en paracaídas grandes cantidades de armas, para las fuerzas de resistencia francesas. Pero al poco de lanzar ese arsenal, corrieron rumores de que los nazis se acercaban a los oasis cercanos al Hoggar en plan de castigo a unas tribus donde se dio cobijo a agentes aliados. A partir de ese momento todo fueron dificultades. Muchos que en los primeros momentos se mostraron adictos a la causa de los aliados, desertaron, llevándose monturas y víveres. Un teniente coronel compatriota nuestro; dos coroneles franceses y un destacado caíd, perecieron en un barranco del Macizo de Kemhir. En aquellas circunstancias los problemas de Europa absorbían toda nuestra atención. Después se perdió toda pista… Teníamos vagas referencias de que las armas y un valioso tesoro del caíd, quedaron ocultos en uno de esos barrancos. Pero nada en concreto.

Wilt miró irritado al inspector.

—Si nada había concreto, ¿por qué demonios me dieron un mapa y me enviaron a ese infierno?

—No coja lo que le he dicho al pie de la letra, Wilt. Concreto

hay que, días después de que nuestro ejército desfilara por Argel celebrando la victoria, se presentó un hombre que era piel y huesos. Tuvo la fuerza suficiente para llegar a nuestra Legación. Llevaba una cuchillada en la espalda. Cayó en el umbral del despacho murmurando que «armas y el tesoro del caíd» fueron disparados. Fíjese en esto, Wilt: disparados… En su ropa encontramos un mapa en varios dobleces, muy estropeado. Indicaba la zona que le señalamos a usted en los mapas que le entregamos, cuando se le mandó por primera vez a las montañas del Hoggar…

Wilt lo miraba atónito.

—¿Y desde entonces han esperado tantos años?

—Había cosas más urgentes que hacer. Al fin y al cabo, lo que dijo el moribundo era que el arsenal había sido inutilizado. Por lo menos eso entendimos. El tesoro del caíd podía ser una fábula. De todas formas no interesó… Mas con el tiempo… ¿Recuerda que le hablé de un intérprete que era poco de fiar?

—Sabe usted que lo recuerdo muy bien.

—Ha utilizado muchos nombres. Uno de tantos era «Connelly». Cuando empezamos a sospechar pusimos control a sus traducciones. Y alguno de los que durante la guerra desertaron custodiando el armamento y el tesoro del caíd apareció por una de nuestras legaciones, no hace mucho, dispuesto a revelar algo muy importante. «Connelly» se encargó de servir de intérprete. Y desde entonces empezaron los fallos… En concreto, Wilt: sabemos que un beduino facilitó a «Connelly» un mapa del sitio donde cayeron muertos los coroneles y el caíd.

Wilt lo miró decepcionado.

—Yo encontré restos humanos en el interior de una cueva.

—¡Sí, Wilt! —dijo el inspector, con súbito entusiasmo—. Eso es mucho… pero falta lo principal. Una lámina de oro, formando media luna en la que van unas cifras. Esas cifras son la clave del asunto…

Wilt se puso a pasear, con aire irritado.

—¡No comprendo! ¡Si ni siquiera interesan los restos humanos, ni el arsenal, ni el tesoro!…

—Quizá interese todo, Wilt. Cálmese… Y no piense que voy con artimañas. Es que estoy tan a ciegas como usted. La única base que tenemos es que ese «Connelly» tuvo contactos con varios indígenas

y que en el mortal accidente del capitán Horney, faltan los restos de uno de los que iban a bordo. Más tarde se han recogido indicios de que un occidental se encuentra en el Macizo de Kemhir y en unas horas el ejército francés podía desplazar a aquella zona todo un regimiento.

—¡Eso mismo! ¿Y por qué no lo hacen?

—Porque el misterio seguiría. ¿Qué se lograría? Aun consiguiendo que no destruyeran la placa de oro, si él se negaba a revelar su significado, nos quedaríamos como estábamos.

—¿Ese individuo se encuentra ahora en el desierto? —habló por primera vez Tavel.

—Sí. Quizá infiltrándose en uno de esos barrancos —y un dedo de caña de bambú apuntó al complicado zigzag de fisuras que había en las fotografías.

—Naturalmente, no irá solo —siguió el reportero gráfico.

—No. Se ha refugiado en un campamento tuareg, al frente del cual se halla un falso targui, un egipcio que se hace llamar Shafuk. Interesa que se confíen. Que parezca que nadie sospecha de lo que buscan.

—De acuerdo —dijo Wilt—. ¿Nuestra misión es mezclarnos, en esa tribu?

—Eso ya se verá sobre la marcha. La señorita Denise le proporcionará los hombres que precisa y le orientará en todo lo que sea necesario.

—Entonces Tavel no será necesario que me acompañe.

—¿Por qué no?

—Porque si ella ha de tomar parte en la expedición…

—Naturalmente. Es una de las piezas esenciales.

—Pues ella detesta las máquinas fotográficas.

—Eso era cuando esa señorita tenía la confianza de que no la conocían. Después de lo de esta tarde ya sabe que ciertas precauciones son innecesarias.

—¿Por qué? —preguntó Wilt.

—Ella misma se lo dirá si lo considera oportuno. Quedan solamente unos minutos de charla. De aquí saldrán para el aeródromo.

—Pero ¿y esa muchacha? —preguntó Wilt.

—Hace más de una hora que emprendió el vuelo. Les espera en

el desierto.

En el desierto les esperaba, muy cerca de donde se estrelló el bimotor.

Desde el último aeródromo se trasladaron allí en «*jeep*». Todavía era de noche.

En un punto determinado se detuvieron. Wilt y Tavel se apearon, con indumentaria tuareg, y el coche retrocedió hacia la pista.

Tan pronto empezó a clarear los dos americanos emprendieron la marcha hacia la hondonada donde cayó el bimotor.

El sol no tardó mucho en hacerse sentir. Tavel lo estaba deseando porque temblaba de frío. A cada paso soltaba una exclamación de sorpresa, pero todavía no asomaban los reniegos.

—Mejor es que guardes silencio —le aconsejó Wilt—. Hice todo lo posible, por evitar que me acompañaras.

—¡Pero si yo no me quejo!…

—En eso confío.

El sol ya estaba apretando cuando Tavel empezó a soltar bufidos. El paisaje siempre era el mismo: una ondulante lámina rojiza, cada vez más molesta a los ojos.

Empezó a soplar el viento y el aire se llenó de arena. La visión se hizo turbia. Tavel creyó estar mirando a través de un cristal color rosa.

—¿Suele durar mucho el viento?

—Días enteros, semanas… ¿Por qué?

—¡Maldita sea mi estampa! —Se dio cuenta de la maldición y agregó—: Lo digo por las fotografías. Saldrán borrosas.

Se quedó mirando a Wilt, esperando una burla, pero éste permaneció callado. Durante la marcha el reportero gráfico no cesaba de observar a su compañero.

Cada vez estaba más admirado por la manera con que Wilt llevaba las holgadas vestiduras. Parecía un verdadero bereber, alto, con porte majestuoso.

—Parece como si en tu vida no hubieras vestido otra ropa —dijo Tavel, para congraciarse.

—¿Quieres callarte? —le reprendió Wilt.

Importaba el silencio. En la cima de una duna, a la derecha de los americanos, apareció la silueta de un caballo bayo oscuro, y el

flameo de una capa blanca. Un brazo se levantó, saludando.

Aún no habían tenido tiempo de reponerse de la sorpresa, cuando caballo y jinete desaparecieron.

—¡Maldición! ¿Es que nos deja? —prorrumpió Tavel, agorero.

Iba a echar a correr hacia la duna cuando Wilt lo contuvo.

—¡Quieto! ¡Nos han localizado y eso basta!…

Siguieron en la hondonada. El viento soplaba cada vez más fuerte. Transcurrió un buen rato sin que nadie apareciera.

Tavel parecía estar absorbiendo arena por todos los poros, y no cesaba de retorcerse, lleno de picazón. De vez en cuando miraba angustiado a su compañero.

—Quizá ha querido decir que le siguiéramos —insinuó, desfallecido.

Wilt no le contestó. También él se sentía irritado. Iba sin iniciativa, y se revolvía contra esta situación.

De pronto, todo el borde de la cordillera de arena que tenían a la izquierda fue orlándose de cabezas de tuaregs. Luego aparecieron cabezas y cuellos de camello.

Enseguida en la altura que tenían a la derecha, ambas hileras, al mismo tiempo, empezaron a descender. Las tersas vertientes se llenaron de hoyos, de rugosidades dejadas por las pisadas de los camellos.

Cuando llegaron a la hondonada, dos camellos se arrodillaron. Los que los montaban saltaron a la arena. Uno de ellos, un targui alto, musculoso, avanzó hacia donde estaban los americanos.

Saludó, extendiendo la palma de la mano. Y en francés correcto dijo, señalando las dos monturas que seguían de rodillas:

—«*Mademoiselle*» les ruega que acepten este medio de transporte.

—¡Gran ocurrencia la de la chica! —exclamó Tavel, soltando un suspiro de satisfacción.

—¿Y ustedes? —preguntó Wilt.

—Iremos a pie a nuestro campamento. Está cerca… Ustedes van más lejos.

Minutos después, Tavel, desde lo alto de su cabalgadura, en medio de una doble fila de jinetes, le gritaba a Wilt:

—¡Este balanceo me va a sacar las tripas! ¡Si me mareo y tengo que sacar alguna foto!…

—Pero ¿te has vuelto loco? —rugió Wilt.

—¡Diablo! ¡Esta gente no entiende el inglés!…

—Si tengo ocasión, maldito, te he de llenar la boca de arena.

—¡Estás de mal humor, Wilt!

Era cierto. Le irritaba cada vez más que los tuaregs se hubiesen puesto en marcha sin dar ninguna explicación. Y en cuanto a la inquietante mujer, únicamente la entrevió en el momento en que asomó montada sobre el caballo bayo, envuelta en su capa blanca y el turbante con el círculo azul.

—Desde que volviste del «accidente» estás de un humor de perros —siguió Tavel.

—Es cierto. El «Atravesado» ya me tenía frito con sus artimañas, pero ahora es peor con lo que ocurre con esa mujer inclinada a jugar con el misterio. Cuando la coja por mi cuenta ya la daré a entender lo que es una «aventura»… Ayer ya tuvo una muestra, cuando la atacaron unos tuaregs.

—En eso estaba pensando. ¿Por qué demonios querrían exterminar a una preciosidad como ésa? ¡Porque es un rato bonita y a mí no me vengas con cuentos: no das pie con bola desde que la viste!…

—Es hermosa… pero le sobra «pose». Deja que recobre las riendas de este asunto y veremos quién es el que anda de cabeza, si ella o yo.

—Sería mejor que ninguno del grupo perdiera la cabeza, señor «periodista» —terció a la derecha de Wilt un targui, de indumentaria idéntica a la de los otros.

Sus brazos, desnudos hasta el codo, eran finos y bien torneados, de piel bronceada y suave. La toca negra la llevaba caída sobre la frente y el embozo le llegaba hasta los ojos.

Pero bastaba con haber oído su voz, y la forma de hablar el inglés.

Tavel ahogó una exclamación, casi de terror. Wilt apretó primero las mandíbulas. Luego exclamó:

—¡Lo mismo que el inspector: misterio a todo pasto!

—No hay tal misterio —contestó Denise, con el mismo tono frío empleado al principio—. Iba a darme a conocer cuando les he oído despotricar…

—El oficial que nos ha traído nos dijo que se daría a conocer por

su capa blanca.

—Sí. Pero lo que ayer ocurrió en El-Golea lo tengo en cuenta. Mí «juego al misterio» ha sido hasta ayer una necesidad.

Durante unos momentos permanecieron callados. El viento hacia la atmósfera cada vez más turbia y cargada de arena. Parecía que estuvieran atravesando un banco de niebla hecha de fuego.

—¿Puedo saber quién manda los hombres que nos acompañan? —preguntó Wilt, procurando disimular su irritación.

—Tan pronto lleguemos a un acuerdo… dejaré en sus manos toda la iniciativa —contestó Desy.

A lo lejos empezaron a emerger montañas. Wilt optó por guardar silencio. El que aquellos hombres obedeciesen a la muchacha no podía significar que hiciesen lo mismo con él.

—A nuestra izquierda está el sitio donde se estrelló el bimotor —indicó la joven.

A una media milla emergía el esqueleto de un aparato.

—¿Es verdad que ocurrió el incendio muchas horas después? —preguntó Wilt.

—Sí —contestó ella.

A continuación dijo cómo vieron las evoluciones del aparato. Señaló una franja de palmeras que arrancando de la estribación de la cordillera, se adentraba como una escollera en el mar de arena.

—Hacía ya días que veíamos gente del egipcio Shafuk apostada en distintos lugares de esa cordillera.

—¿Y por qué no evitaron el incendio?

—¿Para qué? Shafuk nos tenía seguramente preparada una trampa. De día nunca se ha atrevido a hacernos frente… Aunque ahora puede que todo sea distinto —se volvió de cara a Wilt—. Lo ocurrido ayer es un mal síntoma. A estas horas en El-Golea se habrán hecho algunas redadas. Pronto se sabrá quién incitó a aquellos tuaregs a atacarme… Digo atacarme porque no creo que hasta ahora haya habido motivo de hostilidad contra ustedes. A ninguno de los dos conocen aquí…

—Yo he frecuentado estos sitios —contestó Wilt.

—Lo sé. Le acompañaban fuerzas indígenas… Todos llevaban el rostro cubierto. Procuren que ahora suceda lo mismo, en todo momento.

—¿Qué la retiene aquí? —preguntó de pronto Wilt, tratando de

cambiar de tema.

—Nací en el Sahara. Mi padre sacrificó su vida dedicando su ciencia a despertar este suelo. Construyó pistas, creó oasis… Defendiendo a los indígenas, muchas veces se puso en franca lucha contra nuestro Gobierno.

Su voz había ido languideciendo, acusando una gran emoción.

Ya estaban entrando en una zona donde puntiagudos peñascos desgarraban la rojiza piel de arena.

Apareció dentro del barranco un jinete con capa blanca.

—¿Quién demonios es? —preguntó Wilt, sorprendido.

—Uno de mis hombres. Al saber lo que ayer ocurrió en El-Golea, mis hombres no han consentido que me exponga tan fácilmente al disparo de cualquier enemigo. Pero yo tampoco puedo consentir que otro corra ese riesgo. Tan pronto lleguemos al campamento esta farsa terminará.

El jinete que representaba a «Furia Blanca» difería muy poco en su silueta de la que ofrecía la muchacha con el atuendo de cualquier tuareg. En realidad, era un muchacho quien la sustituía, llamado Kahil.

Cuando la doble fila de camellos estuvo cerca de la entrada, Kahil descendió el montículo en que se hallaba y se colocó en cabeza de la comitiva.

—Los dos que nos han cedido el camello dijeron que se quedaban atrás porque tenían el campamento cerca —manifestó Wilt.

—Tenemos pequeños campamentos frente a algunas entradas al Macizo —contestó Desy—. Shafuk decidió ayer internarse en estas montañas… Él y toda la gente que lleva consigo. Y los rebaños.

—¿Para defenderse del verano… o de nosotros?

—Con toda seguridad, de nosotros. Pero él aparentará otra cosa.

Llegaron frente a una enorme cueva. Dentro había algunas tiendas, con tuaregs de guardia.

CAPÍTULO V

En la puerta de la tienda apareció Desy, ya con la capa blanca. Wilt y Tavel se encontraban sentados sobre una piel, observando las fotografías que tenían esparcidas por el suelo.

—Entre, Desy. La estábamos esperando —dijo Wilt.

Era la hora en que el sol se hacía sentir con mayor fuerza. Aun dentro de aquel barranco, tan profundo y lleno de salientes que impedían en muchos trechos el paso del sol, se notaba su agotadora fuerza.

—Los que salieron de exploración ya han llegado —anunció la joven.

—¿No es demasiado pronto? —inquirió Wilt, sorprendido.

Desy se estaba quitando el «litham». Al verla el rostro, Wilt quedó suspenso. La muchacha no pareció darse cuenta del efecto que su belleza producía y en actitud distraída se quitó el velo que cubría sus cabellos rubio oscuros y hundió las manos en la cabellera, esponjándosela.

Con naturalidad se sentó de espaldas a la entrada, sobre una piel, con las piernas cruzadas.

—Han regresado pronto porque han encontrado a Shafuk y su gente muy cerca —mirando las fotografías, indicó—: En el barranco del Rayo.

—Espere —dijo Wilt.

Y cambió las fotografías de sitio. Una vez acopladas se situó al lado de la muchacha. Tan juntos quedaron que las rodillas se tocaban.

—Al parecer estamos en esta fisura —insinuó Wilt.

—Sí. Y el campamento de Shafuk debe encontrarse en esta cortadura cuyo trazo sugiere un rayo.

—¿Los que han ido de exploración han sido vistos?

—Es muy probable. Aquí dentro va a ser muy difícil ocultarnos

unos de otros.

—¡Eso pienso yo! —exclamó Wilt, con súbita indignación—. ¡Y el inspector pidiéndonos disimulo! Cuando a esos individuos les convenga nos lanzarán por la borda…

Permanecieron callados unos momentos. Desy se decidió a preguntar:

—¿Ve algún remedio?

—¡Tomarles la delantera! Convendría hacerles una visita… Usted podía pretextar que el incendio del aparato le ha dado motivo de queja.

—¡Es verdad, Wilt! —exclamó Desy, nombrándole por primera vez con cierta intimidad—. No ir sería peor. Shafuk debe estar esperando mis reproches…

—Iremos cuando usted diga.

—Por mí, ahora mismo —contestó ella.

—Pues vamos. Estoy impaciente por saber con quién tengo que entendérmelas.

Se quedaron algunos hombres de guardia en el campamento, y los demás siguieron barranco adentro. No tardaron en aparecer estrechas gargantas a un lado y otro; mogotes de roca en las cimas simulando monstruos…

Aparecían también verdaderos bosques de piedra.

Por decisión de Wilt, Desy iba mezclada con los tuaregs. Ya era bastante que su capa blanca y el caballo la distinguieran de todos los demás.

Los americanos marchaban uno a cada lado de ella. Los demás, provistos de rifles, iban delante y atrás.

—Por última vez vestirá usted así, Desy —dijo Wilt, como si fuese algo que tuviese muy pensado—. Tampoco montará a caballo. Debe confundirse con todos los demás. Tan pronto nos entrevistemos con ese sujeto, usted deberá esfumarse.

Desy rió unos momentos.

—Supongo que no pretenden ustedes que me marche, dejándoles en pleno laberinto.

—Aunque por su seguridad deseáramos que se fuera, comprendo que es necesario que usted esté presente. Me he dado cuenta de la fe que inspira a sus tuaregs…

—Todos ellos adoraban a mi padre. Proceden de una tribu muy

leal a sus afectos. Ellos no ignoran que mi padre se enemistó con altos personajes de la política por defender a seres como los que ahora nos siguen…

Como ya ocurrió en otra ocasión, al aludir a su padre su voz perdió firmeza.

—Tavel me dio a entender que rige un fuerte…

—No. Mi padre fue asesinado… cuando acababa de descubrir una de las mayores reservas de agua, en el Erg Oriental. Estaba dando comienzo a una larga cadena de oasis…

—¿Cayó víctima de las pasiones políticas?

—Nada de eso. Mi padre era querido por los indígenas. Sabían que él no significaba ningún obstáculo para la independencia de Argel. Al contrario, servía de puente entre las aspiraciones musulmanas y los intereses occidentales…

Estuvieron callados unos instantes. Fue Denise quien rompió el silencio.

—Mi padre fue muerto por unos vulgares bandidos, para robarle el dinero con que tenía que pagar al personal a sus órdenes. Yo me encontraba en Argel, cuando se produjo su muerte… Y desde el primer momento me opuse a que nuestro ejército tomara represalias. Sabía que lo pagarían muchos inocentes y que esto empeoraría las relaciones entre franceses y musulmanes. Desde entonces me dediqué a localizar a gentes que se dedican al pillaje. He deshecho ya tres grupos. Tan pronto pierden al cabecilla, esa gente se lanza a la deriva. Entonces la misma policía musulmana se encarga de detenerlos.

—¿Llegó a saber quiénes intervinieron directamente en la muerte de su padre?

—La banda se dividió en varios grupos, y desaparecieron sin dejar rastro… Pero hace algunas semanas que las huellas de Shafuk y las mías se cruzan muy a menudo.

—¿Tiene alguna prueba contra él?

—En estas últimas semanas, Shafuk ha podido sentirse molesto conmigo, porque le he desbaratado algunos negocios. Uno de ellos era un cargamento de armas viejas que procedían de un antiguo depósito, dejado por los nazis, seguramente al evacuar Túnez. La casualidad hizo que unos pobres nómadas lo descubrieran. Shafuk se enteró, amenazó a esas gentes para que guardaran silencio, y

empezó a negociar su venta. Le dejé hacer hasta el último instante… Entonces el ejército se hizo con todo el armamento.

—¿Qué represalias tomó contra usted ese individuo?

—Ni siquiera demostró darse por entendido… Pero los que ayer nos agredieron en El-Golea han confesado que obedecían órdenes de Shafuk.

Ya avistaban las tiendas de piel de musmón, y las fogatas en torno a las cuales encontraban algunas mujeres.

Dentro de las tiendas se veían a algunos tuaregs sentados sobre pieles de carnero, frente a vasijas de té, abstraídos, como ausentes de todo cuanto les rodeaba.

La tienda más grande, en realidad dos tiendas empalmadas, pertenecía a Shafuk.

Wilt y Tavel amartillaron el revólver, bajo la capa negra. Tenían convenido no separarse de la muchacha un solo instante…

Mientras no fuese imprescindible, ninguno de los dos americanos hablaría.

—Tú, te quedarás fuera de la tienda —le susurró Wilt a Tavel, ya muy cerca del campamento.

—¿Y tú?

—Entraré con Desy.

Wilt y la muchacha se adelantaron. Atrás quedaron Tavel y los tuaregs, éstos empuñando con naturalidad los rifles.

Shafuk apareció en la puerta de la tienda y empezó a hablar, dando ampulosamente la bienvenida.

—Si siempre ha sido un gran honor para mi tu visita, ahora es un inmenso placer —saludó Shafuk.

—¿Por qué? —preguntó Desy, ya a dos pasos de él.

—A mis oídos llegaron rumores de que «Furia Blanca» nos dejaba.

—Todavía no —contestó la joven.

Wilt no dejaba de mirar tenazmente el velo que cubría el rostro del egipcio.

—Yo sí te dejaré… El verano se acerca y mis negocios no han sido como yo esperaba. Hasta el otoño no podré frecuentar tus rutas… He de adquirir más ganado.

Con el ademán la invitó a que pasara. Desy fue la primera en entrar. A continuación lo hizo Wilt.

Shafuk dio la sensación de que solamente entonces reparaba en él. Hizo ademán de cogerle de un brazo, pero Wilt se volvió rápido, los ojos castaños relumbrándole con extraordinaria fuerza, apuñalando con su mirada el velo del egipcio.

Shafuk también le miró entonces con atención, un poco indeciso entre el temor y la hostilidad hacia aquel desconocido. Pero a Shafuk no se le podía engañar fácilmente. Bajo aquellas vestiduras árabes presentía a un occidental.

—Mis tuaregs dicen que me expongo con demasiada frecuencia y han decidido que uno me acompañe en todo momento —explicó Desy, para justificar la presencia de Wilt.

—Envidiable misión la de este hombre —comentó Shafuk, adoptando un tono humorístico, mientras dirigía una fugaz mirada a Wilt—: ¿Entiende el francés?

—Bastante —contestó la muchacha—. ¿Por qué?

—Acaso fuera mejor que oídos extraños no oyeran lo que vamos a hablar —declaró Shafuk.

—Ninguno de mis amigos es extraño a mí —afirmó Desy.

Wilt había quedado de pie en la puerta de la tienda, erguido. Shafuk indicó con el ademán el sitio donde debía sentarse la muchacha.

Ya sentados, mirando de soslayo a Wilt, dijo el egipcio a Desy:

—Ni tú ni yo nos debemos a las leyes de los tuaregs. Nada impide que nos descubramos el rostro. Yo me siento tan occidental como tú, «Furia Blanca».

Esa proposición fue inesperada para Desy. Y se volvió a mirar a Wilt. Era como un reconocimiento de que la iniciativa quedaba en manos del americano. Y Wilt asintió a la pregunta que ella le dirigía con la mirada.

Entonces Desy, sin decir nada, se quitó el velo.

Shafuk ahogó un grito de asombro. Lo que menos esperaba era que su sugerencia fue atendida. De pronto, como si las facciones de Desy suscitasen en su mente recuerdos muy trascendentes, quedó suspenso, sin dejar de mirarla con extraña fijeza.

—¡No debiste precipitarte, «Furia Blanca»! Yo estaba bromeando —comentó el egipcio.

—¿Qué quieres dar a entender? —preguntó ásperamente Desy—. ¿No vas a descubrir tu rostro?

—No hay ninguna necesidad… —empezó a contestar Shafuk.

Wilt pareció volar hacia el egipcio y al instante se encontraba a sus espaldas. Con una mano lo agarró de un hombro mientras con la otra le arrancaba el velo.

Enseguida Wilt regresó a la puerta, quedando de nuevo inmóvil. Así tenía de cara a Shafuk. Éste estaba blanco por la ira. Iba a prorrumpir en insultos, cuando se encontró con la mirada de Wilt.

Los ojos del americano estaban apuñalándolo. El egipcio se hubiera sentido más impresionado de poder ver en aquel momento la expresión que tenía el rostro de Wilt.

Desy rompió el silencio en que habían quedado.

—No debe extrañarte, Shafuk —dijo en tono conciliador, en el que se advertía un matiz irónico—. Mis hombres hablan poco, porque dan mucho valor a las palabras. Tú eres quien ha propuesto descubrirnos.

—¡Pero era una cuestión a tratar entre tú y yo! ¡Ese perro no debió inmiscuirse!…

El rostro de Desy se demudó viendo que Wilt se lanzaba de nuevo sobre Shafuk. Éste, presintiendo la nueva embestida, desnudó un largo cuchillo.

Pero nada pudo hacer, sino agitarlo una fracción de segundo, inútilmente, porque Wilt le agarró, ese brazo y se lo retorció. El arma cayó al suelo y en seguida Shafuk se dobló de espaldas, impelido por el puñetazo que Wilt le asestó en la mandíbula.

Cuando Shafuk consiguió incorporarse, el americano ya había recogido el cuchillo, colocándoselo en el cinto del que colgaba el revólver.

Shafuk estaba anonadado. Tanta audacia en su propio feudo sólo podía tener una explicación: que bajo aquellas vestiduras se escondía un oficial francés.

—¿He de entender que eres mi enemiga, «Furia Blanca»? —tartajeó el egipcio.

—¡Me llamo Desy Duvier! Hija del ingeniero Duvier, asesinado en el Erg Oriental… ¡Y me dedico a cazar hombres que sólo viven del pillaje!

—¿Por qué me dice eso… señorita Duvier?

—¿Qué te extraña?

—Que me lo diga a mí. Usted no ignora cuáles son mis negocios.

—¡Lo sé! Ni olvido que tres de tus hombres fueron sorprendidos saqueando el avión… Te advertí de los peligros que corrías, y tu respuesta fue incendiar el aparato…

—¡No!… ¿Por qué iba yo a hacerlo? ¡Tengo más interés que nadie en estar a bien con las autoridades! ¿No comprende?

—Sin embargo… incendiaste el bimotor —dijo fríamente Desy.

—Hizo algo más —habló Wilt por primera vez. Al mismo tiempo se descubría el rostro. Desy miraba a Wilt asustada. ¿Por qué hacía aquello? Wilt pudo mantenerse en su papel de targui.

—¡Yo sabía que bajo ese velo había un occidental! —prorrumpió Shafuk.

La muchacha seguía mirando a Wilt, desconcertada.

—Le dije que debíamos adelantarnos —recordó Wilt. Y dirigiéndose al egipcio—: «Yafi Amin». ¿Será necesario esperar a que me crezca la barba para que me reconozcas?

Shafuk lo miró con ojos desorbitados. De un salto se puso de pie. Toda la sangre había desaparecido de su rostro.

Desy también se levantó, cada vez más sorprendida.

—¿Conservas todavía nuestra última «gerba»? —siguió hablando Wilt, mirando al egipcio.

—¿Qué ocurre, Wilt? —inquirió Desy, llena de ansiedad.

—¡Este cerdo sarnoso fue mi primer guía en el Ahaggar!… Y cuando el sol pareció aniquilarme, me dejó, postrado por la fiebre, llevándose la «gerba» que nos quedaba, ya medio vacía.

Diríase que la «gerba», la piel de cabra empleada como depósito de agua, estaba ahora suspendida en el aire, oscilando como un ahorcado que hubiese dado las últimas sacudidas.

Así por lo menos lo imaginaba Shafuk, apenas reconoció a Wilt.

—¡Lo creí muerto!… —tartajeó.

—Eso no te impidió que te llevaras cuánto tenía encima… Pero te faltó arrancarme las botas, dónde llevaba escondidos los mapas. Eso te hubiera valido más que dejarme sin agua, porque gracias a los mapas pude alcanzar un oasis…

Se interrumpió, volviéndose bruscamente de espaldas a Shafuk, como si quisiera desentenderse de él. Y mirando a Desy, preguntó, sardónico:

—¿Hasta qué extremo el «Atravesado» me está manejando a su antojo?

La muchacha conocía el sobrenombre del inspector y lo miró confusa.

—¿Qué recela?

—Que él ya sabía, cuando me habló de un egipcio llamado Shafuk, que era el que me puso al borde de la muerte, la primera vez que estuve aquí.

—¡Yo creía que estaba muerto! —chilló el egipcio.

Wilt se volvió rápido. Y de un salto se trasladó a donde estaba el individuo. Levantó un puño, en el preciso momento en que Shafuk sacaba una pistola.

No pudo utilizarla porque los golpes en las mandíbulas lo obligaron a soltarla y a intentar cubrirse el rostro.

Tambaleándose recorrió toda la tienda. Por fin cayó, con el rostro magullado.

—La señorita Duvier ha dicho que tus hombres se acercaron al bimotor estrellado. Intentaron matarme…

Pese al aturdimiento que poseía a Shafuk, entendió lo grave del asunto y se apresuró a preguntar:

—¿Usted… iba… en ese aparato?

—Sí. Y tus hombres intentaron matarme… por orden tuya.

—¡No es cierto! —Se levantó y empezó a frotarse el rostro, lleno de sangre—. ¡No, no es cierto!…

—Hay algo todavía peor, «Yafi Amin», o Shafuk… Se ha comprobado que el avión cayó por un sabotaje. En el último aeródromo que tocó hay indígenas que seguramente obedecen tus órdenes. Tan pronto se compruebe…

Shafuk se cubrió el rostro y se puso a mover el cuerpo, como si saludara con reverencias. Pero la verdad era que estaba desesperado.

—¡No es verdad!… ¡Mi poder no llega a tanto!… ¡Yo no tengo cómplices en ningún aeródromo!… ¡Soy pobre! ¡Sólo tengo a un puñado de hombres que me siguen en el desierto!…

—El bimotor cayó por un acto de sabotaje. Y han caído otros, no demasiado lejos de aquí…

Shafuk entrevió enseguida, tras de Wilt y de Desy, a la policía del desierto. Y se sintió colgado de una horca.

Pensó en las amenazas de Scarff. Éste lo tenía sojuzgado diciéndole que en El Cairo había cómplices dispuestos a revelar su

paradero, tan pronto lo traicionara. Pero los delitos que Shafuk tenía en Egipto no eran tan graves como para no tener esperanzas de librar la cabeza. Mientras que lo que ahora le estaba exponiendo Wilt apuntaba al patíbulo.

—¡Juro que yo nada tengo que ver con la caída de esos aparatos! ¡Ni siquiera sé manejar la emisora!…

Wilt no se hizo el sorprendido. Desy, por el contrario, no pudo evitar una exclamación de sorpresa.

—¿Qué emisora? —preguntó.

Wilt le hizo un guiño y manifestó:

—Deje que nuestro amigo se justifique… Cuando él termine le diré si verdaderamente está en plan de salvar el cuello.

—¡La emisora que maneja Scarff! —gritó Shafuk, cada vez más aterrorizado—. ¡Así hace caer los aviones!… Deja un dispositivo en los aparatos, que estallan por medio de ondas…

—¿Los coloca él?

—No siempre. Tiene cómplices en varios aeródromos. Cuando transportan mercancías de valor, el aparato está condenado. En zonas desérticas se produce el «accidente». Scarff tiene grupos de beduinos apostados. Si llevan carga de opio y «hashish», o divisas, obliga a que el aparato descienda. Entonces se acercan los beduinos y acribillan a los tripulantes. Retiran la «mercancía» y le pegan fuego al aparato…

Wilt simuló incredulidad.

—¡Buena imaginación para que no nos fijemos en lo que te concierne!

—¡Es cierto lo que digo!… Por frases sueltas que le he oído a Scarff sé que ha hecho esas operaciones en aviones procedentes de Turquía, y de otros puntos del Oriente Medio…

Wilt sabía que estaba señalando la ruta normal del opio. Procedente de Asia, se acercaba al Mediterráneo por aire, tierra o mar.

Francia o Italia se elegían como lugares de conversión del opio en morfina o heroína. Se entrecruzaban las rutas marítimas y aéreas normales desde Extremo Oriente, con las que utilizaban los narcóticos.

Wilt esperó a que Shafuk continuara. Pero éste se calló, como agotado.

—¿Dónde está Scarff? —preguntó Wilt.

El egipcio se estremeció, como si de pronto recordara que acababa de acusar a un individuo que ya había escapado de su control.

—¡Se fue!…

Wilt dio unos pasos hacia él.

—¿Más tapujos?

—¡Se fue!

—¿A dónde?

Esperaba que le dijera que había abandonado el Sahara.

—¡Más al interior del Macizo! Él recelaba que vendrían patrullas de inspección, y me ha obligado a permanecer aquí. Ahora ha sido Scarff quien ha mandado en mí y en mis hombres.

Y como si de pronto sufriera un ataque de locura, prorrumpió en carcajadas, y se puso a dar saltos.

—¿Qué demonios le pasa? —preguntó Tavel, asomando en la puerta de la tienda.

Wilt le indicó que se retirara de la puerta y que no descuidara a la gente del campamento. Luego se encaró con el egipcio:

—¡Si tus payasadas son una consigna a tu gente, no serás tú el que saldrá mejor librado! —Y Wilt sacó el revólver, amartillándolo.

Shafuk quedó como petrificado. Había dado suelta a su alegría, pero no era por perjudicar a los que tenía delante.

—¡No es una consigna! ¡Ya he dicho que Scarff no está en el campamento!

—¿Cuántos le acompañan?

—Cuatro de mis hombres.

—¿Llevan muchas provisiones?

—Sí. Para varias semanas… Pero Scarff ha estado hasta el último momento diciéndome que no tardaría en regresar.

—¿Se ha llevado herramientas?

—Picos y azadones…

—¿Y armas?

—Bastantes… ¡Hasta un mortero!…

Wilt lo miró como si temiera que se le burlaba.

—¿Con sólo cuatro hombres y un mortero piensa hacer la guerra?

—¡Es cierto! ¡Lleva un mortero que lo cuida como si fuera lo

más importante! Creo que lo consiguió muy lejos… Me lo envió desmontado, valiéndose de dos caravanas que pasaban por mi campamento.

—¿Tú lo has visto montado?

—¡Claro!… Lo ensayó dos veces. Me dijo que no hacía más disparos porque era un mortero que ya estaba en desuso y que los pocos proyectiles que traía le costó mucho conseguirlos.

Wilt, después de observarlo en silencio, se volvió a mirar a Desy. Ella parecía emocionada y volviéndose de lado al egipcio, le susurró:

—Tengo algo que decirle respecto a un mortero… ya en desuso.

Wilt se encaró con Shafuk:

—¿Qué crees que busca Scarff?

—Él dice que un cargamento de narcóticos que una caravana se vio obligada a esconder aquí.

—¿Y cómo logró saberlo?

—Scarff era intérprete en las Embajadas de Oriente Medio… Allí recibió confidencias.

Todo esto encajaba con los informes que Wilt tenía.

—Lo sorprendente es que tú te quedaras aquí, mientras él hacía el «negocio»…

—Al regreso tenía que darme mi parte… Del desierto no es tan fácil salir, sin ayuda de otros.

—Yo sobreviví a tu perra maniobra, «Yafi Amin».

El egipcio palideció. Wilt se asomó a la puerta de la tienda y llamó a Tavel.

—Quédate con él. Al menor movimiento sospechoso, dispárale a las rodillas.

—De acuerdo —contestó el reportero gráfico.

Esto lo dijeron lo suficiente alto para que Shafuk les oyera. El individuo se sentó sobre la piel de carnero, con las piernas cruzadas, y puso las manos planas sobre las rodillas, mirando a Tavel, expresándole con el gesto que tenía decidido permanecer en completa pasividad.

—¿Qué ocurre con el mortero? —preguntó Wilt, cuando salieron de la tienda.

—El servicio de espionaje de mi país hace tiempo que tiene confidencias de alguien que siente un gran interés por un mortero

que ya en la última guerra resultaba anticuado. Un mortero inglés.

—¿Seguro? —le interrumpió Wilt, muy intrigado.

—¿Qué le sorprende?

—En la referencia que me dieron hace meses sobre las armas que suponían estaban aquí escondidas, figuran ametralladoras y morteros americanos e ingleses, que ya entonces estaban poco menos que en desuso.

Desy hizo una mueca y comentó:

—Eso no tiene nada de sorprendente: Las naciones ricas hacen como las casas acomodadas cuando le ceden al pariente pobre un mueble: tranquilizan su conciencia pensando que hacen un acto de caridad y al mismo tiempo se libran de un estorbo. África y el Oriente Medio han absorbido mucha chatarra.

—¡Desy! ¡No estamos aquí para disquisiciones!… —Sacó un viejo mapa, el mismo que Desy salvó cuando el bimotor quedó encallado, y mostró el dorso—. Aquí hay un resumen de las armas que se lanzaron para ayudar a los Franceses Libres… Entre los monteros figuran tres clases. Mire a ver si el nombre le recuerda…

Apenas tener Desy el papel en las manos se quedó observando la imagen de un mortero, dibujada a pluma, y en situación de disparar.

—¡Es el mortero «Horwell»! ¡Lo recuerdo perfectamente!…

—¿Por qué está tan segura?

—Porque en cierta ocasión, un agente de la Interpol que regresaba del Irak comentó el interés de cierto misterioso personaje por hallar un mortero «Horwell». Preguntó a los oficiales que se hallaban presentes si conocían qué arma era. El comandante de Fort Hassi contestó que en su juventud él había utilizado esa clase de morteros y que lo recordaba porque era endemoniadamente exacto en el ángulo de caída que uno calculaba…

Wilt cogió el mapa y se lo guardó. Se asomó a la tienda y dijo:

—Nos vamos todos.

—¿A dónde? —preguntó Shafuk.

—A reunirnos con Scarff.

—¡Nos acribillará con disparos de mortero!

Wilt contestó:

—Puesto que tiene pocos proyectiles, los necesitará para algo más importante que para deshacerse de nosotros…

CAPÍTULO VI

El rencor que Shafuk había manifestado contra Scarff parecía sincero y Wilt se proponía sacar partido de él.

Todos los tuaregs de Desy recibieron orden de internarse en el Macizo. Sobre las fotos estudiaron las cimas donde irían situando vigías, para cerrar el camino que dejaban atrás.

Para orientarse, a Wilt le bastaba con consultar el viejo mapa y los croquis que conservaba en el bloc.

En vanguardia iban Wilt, Desy, el egipcio y dos tuaregs. Todos a excepción de Shafuk, llevaban el «litham» sobre el rostro.

La indumentaria de Desy era idéntica a la de sus amigos. El único que destacaba de los demás, por las vestiduras y por ir con el rostro descubierto, era el egipcio.

—Estás a tiempo —le dijo Wilt—. Si crees que Scarff va a sospechar por verte con la cara descubierta, puedes cubrirte.

—No sospechará nada porque siempre que he estado con él me ha obligado a descubrirme —y en tono mordaz, agregó—: Lo malo va a ser si se empeña en que vosotros lo hagáis también.

—Ya procurarás tú que no haya dificultades.

El primer trayecto lo hicieron a pie, porque el barranco era muy angosto y tenía salientes muy bajos. Luego, cuando el terreno ya fue más despejado montaron en los camellos.

En aquellos parajes la noche se volcaba casi sin anunciarse. Teniendo esto en cuenta, cuando Wilt encontró un sitio conveniente para acampar, dio la señal de alto.

—Todavía disponemos de una hora de luz —objetó Shafuk.

—Quizá no volvamos a tropezarnos con un sitio mejor que éste.

Allí podían encender fuego sin que desde lejos lo viesen. Enormes farallones formaban un ancho cerco dentro del cual podrían considerarse a cubierto de cualquier sorpresa.

Además, Wilt quería que el grupo de Tavel los alcanzara. Sólo

durante el día irían separados.

—Acampando aquí perderemos tiempo —replicó Shafuk—. Hay luna.

—Pero no hay prisa.

El egipcio pareció sorprendido.

—¿Qué no hay prisa?

—Debemos darle tiempo a Scarff a que encuentre el sitio que busca… ¿No aseguraste que no se escaparía con el botín?

El egipcio no contestó. Wilt le indicó el sitio donde debía sentarse y apenas Shafuk obedeció, lo ató de pies y manos.

—Para evitarte tentaciones apenas oscurezca…

—¡No es lo convenido!

—Nada hemos convenido. Y mientras no ciña la cuerda a tu garganta, no lamentes nada.

Los tuaregs se encargaron de buscar leña y matojos para la hoguera de la noche. Pronto el frío se haría sentir. Los camellos quedaron sueltos, con las patas anteriores atadas, a la busca de desmirriados y espinosos matojos.

Desy se sentó sobre una piedra y permaneció abstraída. Se había quitado el «litham», descubriéndose la cabeza, y algo de la furia del sol pronto a sucumbir, se reflejó en su cabellera, dándole un matiz de cobre bruñido.

Cuando Wilt se cercioró que el campamento quedaba en condiciones fue a sentarse al lado de la muchacha. Sacó cigarrillos y le ofreció.

Permanecieron unos momentos en silencio, ensimismados, cruzando el humo de sus cigarrillos.

—¿Qué piensa usted sobre ese interés por un mortero que ya no se usa? —preguntó Desy.

—¿Y usted?

—Cada vez estoy más confundida. Si al menos se tratara de un arma que hubiese sido sacada de estos barrancos, se podría pensar que en el tubo o en cualquier otra pieza del lanzaproyectiles había escrita una fórmula para hallar el arsenal, o el tesoro… o lo que sea. Pero Shafuk ha dicho que Scarff buscó ese mortero muy lejos de aquí. ¿No habrá mentido?

—Ya lo comprobaremos. Pero estoy por creer que Scarff se interesaba por un mortero de ese tipo… por alguna peculiaridad

que escapa a nuestra atención.

—¿Cree usted que Shafuk nos conduce por el buen camino?

—No sé si es el que lleva Scarff, pero en las fotos tenemos localizados unos riscos cuya configuración corresponde a los que estamos viendo y que conducen al sector que ya antes de que Shafuk decidiera venir por aquí, me interesaba explorar detenidamente.

—¿De veras busca una tumba?

—Nada más que como punto de referencia. Yo ya encontré restos humanos en una cueva. Vamos hacia ella… Durante años este asunto ha estado olvidado. ¡En mala hora ese individuo de los mil nombres se puso a fotografiar montañas!…

De pronto se volvió a mirar a la joven. El sol ya estaba casi apagado y daba al rostro de bronce de la muchacha una nueva belleza.

—Si he de decir verdad, yo no lamento esta misión —corrigió Wilt.

Ella intuyó una galantería y se apresuró a centrar la conversación en el tema que los preocupaba.

—¡Si la localización de unos restos mortales ha de producir nuevas muertes…!

—No se buscan huesos, ni armas… ni creo que ningún tesoro.

—¿Qué entonces?

—El motivo por el cual un individuo inquietante como es el que sirvió de intérprete en nuestros centros diplomáticos, sintió la tentación de cometer «errores» en las traducciones. ¿Qué hay tras de todo esto? Recuerde lo que ha dicho Shafuk sobre los fulminantes en los aparatos que entran en acción por medio de ondas. Un vulgar bandido no puede disponer de cómplices en varios aeródromos… Si se trata de una poderosa banda dedicada al tráfico de narcóticos, algo se habrá conseguido si logramos desenmascarar a los principales cabecillas.

Un grupo de tuaregs entre los que iba Tavel, acababa de aparecer por un extremo del barranco. Wilt, después de mirar el paisaje, preguntó:

—¿Siguen molestándole las máquinas fotográficas? Tavel tiene por misión retratar toda la ruta. Y usted forma parte de esa ruta… ¿Accede? ¡No sé qué daría por tener una fotografía de usted, con

esa indumentaria!…

Con tal fervor se expresaba, que ella, sorprendida y al mismo tiempo halagada, rompió a reír.

—¿Accede? —volvió a preguntar Wilt, ya confiado en que aceptaría.

La respuesta fue rotunda.

—¡No!

Ella misma pareció sorprenderse de la aspereza con que había contestado, y se apresuró a explicar:

—Tengo mis motivos para negarme, Wilt…

Un rato más tarde, el campamento quedó en total silencio. Tavel, apenas tumbarse, empezó a roncar.

Por un cerro asomó media luna. Ya no parecía un cuchillo, sino la hoja de un hacha…

A la segunda jornada, cuando al atardecer se reunieron los grupos, Tavel preguntó:

—¿Nada anormal aquí?

—La dirección que ese maldito nos indica va de acuerdo con nuestros cálculos. ¿Y vosotros?

—Hay algo que no me gusta. Y a los tuaregs tampoco. Creo que nos siguen.

—¿No dejáis gente retrasada?

—Sí. Pero el enemigo debe haberse filtrado por otros barrancos y en algunos momentos nos ha parecido que nos observaban desde las cimas.

La salvaguarda que Wilt llevaba era Shafuk. Éste no podía haber ordenado a su gente que atacase, sabiendo que su garganta estaba al alcance del cuchillo que Wilt le arrebató.

—Mañana iremos todos juntos —dijo Wilt, cuando se acercó a la muchacha.

—Pero peligra el éxito de nuestra misión. Si Scarff nos divisó, emprenderá la huida.

—No podría ir muy lejos.

—Pero podría ocultar la media luna de oro.

—¿Qué quiere decir?

—Es una lámina de oro, en forma de media luna que llevaba el caíd. Según los informes que tiene el inspector, esa joya fue a parar a manos de «Connelly». Quizá allí haya algo escrito…

Desy le escuchaba, muy preocupada.

—Mejor es que no se enteren mis hombres, —dijo ella.

—¿Por qué? —preguntó Wilt, extrañado por la gravedad con que lo había dicho.

—¿Ha visto a alguna mujer targui ataviada?

—Muchas.

—Las habrá visto cargadas de plata, nunca llevando algo de oro. Lo temen. Dicen que trae desgracia. No mencione esa placa de oro.

La siguiente jornada la hicieron marchando todos juntos. Wilt quiso sondear al egipcio.

—¿Cuánta ventaja nos lleva «Connelly»? —Se le escapó el nombre que le, dio el inspector.

—¿«Connelly»?

—O Scarff… Tiene tu misma tendencia a cambiar de nombre, «Yafi Amin».

El egipcio hizo un encogimiento de hombros y contestó:

—Quizá no lo alcancemos nunca —dijo en tono jocoso.

—¿Eso te pone contento?

Shafuk permaneció callado, con un gesto de burla.

—¡Contesta! —exigió Wilt.

—Si Scarff decide huir de vosotros, quedará a merced de mis cuatro hombres. Ésos me serán fieles hasta la muerte. Tuve buen cuidado al elegirlos.

—Y bien…

—Al final, los cuatro harán lo que yo les diga. Entonces, para apresar a Scarff tendréis que aceptar las condiciones que yo os imponga.

Y rompió a reír, como si verdaderamente fuera el dueño de la situación.

Desy y Tavel que presenciaban esta escena se miraron, indignados. Por el contrario Wilt parecía por momentos más tranquilo.

—Es el miedo quien le empuja a comportarse así —comentó minutos después, ya junto a Desy y Tavel.

Aquella noche el egipcio confirmó lo dicho por Wilt. Desesperado, empezó a anunciar grandes desgracias para todos. Empleando con gran soltura un dialecto tuareg, el tamahag, vertió negros presagios con el fin de que los indígenas renunciaran a

seguir adelante, en una cuestión que era exclusivamente de los occidentales.

Fue entonces cuando Desy, inesperadamente, se incorporó de un salto y fue cara al egipcio.

—¡Mis amigos saben que persigo una misión que les afecta tanto como a mí!… ¡Hablo de la muerte del ingeniero Duvier que no vacilaba en enfrentarse con los personajes de la política de su país, por amparar a estos seres! ¿Te das cuenta, Shafuk? ¡Mis tuaregs saben que mis pasos muchas veces se cruzan con los tuyos! ¡No desafíes más tu suerte y permanece callado! ¡Es lo mejor para ti!…

El dolor y la cólera con que se expresaba la muchacha resultaban impresionantes. Shafuk no sólo permaneció callado sino que a partir de aquel momento miró a Desy casi con el mismo miedo que miraba el cuchillo que Wilt llevaba en el cinto.

En aquel momento, con los ojos grises fulgiéndole, la figura inclinada como dispuesta a dar el salto, la capa al viento, parecía la tromba que sugirió a Shafuk el nombre de «Furia Blanca».

Yendo por el centro del barranco, a un centenar de metros, divisaron un camello, con las patas anteriores atadas. Enseguida desapareció.

—Nos estamos acercando al campamento de Scarff —dijo Shafuk.

Desy lo oyó y se adelantó, para colocarse al lado de Wilt.

—¡Lleve cuidado ahora!…

—Lo llevo desde el primer momento —contestó el americano, indicándole con la mirada que bajo la capa mantenía el revólver amartillado—. Vuelva a su sitio, Desy.

Quedaron otra vez Wilt y Shafuk delante de todos. El americano presentía que el peligro rondaba cerca.

Los dos al mismo tiempo distinguieron al pie de un mogote de roca un targui tendido de bruces. El egipcio ahogó una exclamación, algo que parecía un gemido. Wilt no dijo nada.

Antes de llegar a dónde estaba el targui, distinguieron a otro, con los brazos abiertos. No muy lejos de donde quedó su mano derecha se veía un rifle.

—¡Son mis hombres! —exclamó Shafuk.

Wilt dio el alerta a los que venían detrás. Éstos se detuvieron, amparándose tras los peñascos. Wilt llegó hasta donde estaba el

segundo cadáver, cogió el rifle y se retiró tras un peñasco. A muy corta distancia estaba el egipcio, mirándolo, con el rostro lívido.

Wilt examinó el depósito del rifle y vio que tenía la munición completa. Miró al muerto. La vestidura blanca, en el pecho, estaba empapada de sangre.

—No debe de hacer mucho que se han producido esas muertes —declaró Wilt—. Es muy posible que Scarff se encuentre aquí todavía, observándonos.

—¡Se habrá ido! —prorrumpió Shafuk.

—¿Por qué pareces tan seguro?

—Él habrá conseguido lo que con tanto empeño buscáis.

—¡Tus hombres tenían orden de acabar con él tan pronto consiguiera el botín! —exclamó Wilt, alarmado.

—Sí… Cuando hubiera localizado el sitio…

Wilt clavó las uñas en la culata del fusil, mirando a Shafuk con ira y repugnancia.

—¡Traidor hasta con tus secuaces!…

—¡Él me hubiera traicionado a mí!

Desy y Tavel habían ido deslizándose hasta colocarse junto a Wilt.

—¿Qué ocurre? —preguntó la muchacha.

—No lo sé todavía… Pero voy a averiguarlo. ¡No se mueva de aquí, Desy! Quizá nos estén apuntando.

—¡No salga usted tampoco! —replicó ella, con la misma vehemencia de él.

—Lo que pueda haber allá delante es mi misión… Encárgate tú, Tavel, de que Desy obedezca.

Y corrió hacia donde estaba Shafuk. Éste permanecía ahora con el rostro pegado al suelo. Lo tocó en un hombro y el egipcio se estremeció.

—¡Vamos!

Tuvo que cogerlo de un brazo y tirar con fuerza. Uno junto al otro avanzaron hacia la ingente muralla. El sol daba en la parte alta y la claridad que de allí provenía los cegaba.

Al pie de la muralla de roca había una cadena de montículos. El barranco torcía en cerrada curva hacia la izquierda. A la derecha, en una estribación en la que negreaban desmirriados matojos vieron dos camellos con las patas delanteras atadas.

A cada paso que daba Shafuk esperaba el disparo que acabara con su vida. Por el contrario Wilt iba cada vez más tranquilo.

Presentía que Scarff ya no se encontraba allí.

—¿Qué es lo que temes ahora? —preguntó Wilt, irritado por el pánico que demostraba Shafuk—. Scarff se habrá marchado, con mayor motivo si nos ha viste venir.

Se interrumpió, mirando a un punto de la muralla. Echó a correr y ascendió la vertiente, sorteando los pedruscos. Antes de alcanzar la cima, Wilt se detuvo, inmovilizado por el macabro espectáculo.

Permaneció unos momentos mirando al interior de la cueva, todavía medio obturada por grandes piedras que había en la base de la muralla.

—¡Por aquí pasamos, Shafuk, cuando te llamabas «Yafi Amin» y te ofreciste como guía!…

El egipcio no contestó. Wilt se puso a pensar en la impaciencia con que Scarff habría removido aquellos esqueletos. Luego imaginó la escena de la matanza, en los años de guerra.

Tal vez se encontraban en la cueva, bebiendo el tradicional té, ofrecido por el caíd a los jefes militares occidentales. Desde el pie del montículo les harían las descargas. Luego cubrirían la entrada con piedras y emprenderían la huida, contando con volver en mejor ocasión.

Wilt miró a lo alto de la montaña y recordó el dato que meses atrás recogió, como punto de referencia. Eran unos riscos que semejaban piezas de artillería, apuntando a lo alto.

Shafuk permanecía de pie en el montículo, mirando con ojos aterrorizados la boca de la cueva. Cuando vio que Wilt parecía decepcionado, el egipcio empezó a sonreír, como burlándose del fracaso del americano.

Pero Wilt, de pronto, se quedó mirando al pie de los montículos que tenía a su izquierda. El americano empezó a descender, mirando fijamente a aquel punto.

Era una silla de camello, de madera, el punto que había captado su atención. Tenía la típica cruz emergiendo, semejando una espada a medio clavar.

En lo alto de esta empuñadura había un papel atado. Shafuk, sin dejar de sonreír, fue siguiendo con la mirada los movimientos de Wilt. Y vio que éste desataba el papel.

La sonrisa de Shafuk desapareció.

—¡Hay un encargo para ti! —anunció Wilt.

El egipcio palideció.

—¡No es posible!

—¿Sabes leer inglés? —Y Wilt le dio el papel.

«Shafuk: Acude a mi lado para librarme de tus perros. Me ayudarás a salir de este macizo. Y ya fuera procurarás, que no me tropiece con ningún occidental».

Más abajo, a modo de posdata, había unas líneas que decían:

«De tu tienda me llevé algo que "Furia Blanca" pagaría a buen precio…».

Wilt esperó unos momentos, mirando a Shafuk. Las manos de éste acusaban un fuerte temblor.

—¿Qué había en tu tienda que pudiera interesar a la señorita Duvier?

—¡Nada!… ¡Es un truco de Scarff!

—Bien. De todas formas habrá que ayudarlo a salir del Macizo.

Y Wilt movió los brazos, trasmitiendo una consigna a los que permanecían ocultos.

—¡Pero Scarff pide que vaya solo!

—No importa —replicó Wilt—. Le dirás que la ruta es larga y que necesitáis quien os sirva…

—¡Te matará, como a mis tuaregs!

—No —arguyó Wilt, en tono irónico—. Un eslabón amarra al otro. Formamos una cadena, Shafuk.

El álveo se había poblado de hombres, que avanzaban hacia la muralla. Desy y Tavel iban delante. Ante la cueva quedaron inmóviles, en silencio.

—Tienes trabajo, Tavel —indicó Wilt—. Fotografía todo este paraje, sin olvidar esos picachos. Mientras tanto, Shafuk y yo terminaremos otra tarea.

Cuando Desy supo que iba a salir solo con el egipcio, prorrumpió:

—¡No lo consentiré! ¡Ordenaré a mis tuaregs que les sigan!

—No me opongo a que nos sigan —contestó Wilt, con suavidad —. Pero a distancia. Siempre a distancia.

—¿Por qué?

Wilt, con aire de broma, contestó:

—No olvide la placa de oro. Trae desgracia…

CAPÍTULO VII

Diríase que Wilt había visto de lejos en qué roca se apoyaba el rifle que empuñaba Scarff, pues no apartaba la mirada de aquel peñasco.

Avanzaba a pie. Detrás iban los dos camellos de carga.

Shafuk iba unos pasos delante de Wilt, con el rostro descubierto. El americano iba con la cara tapada. Por la indumentaria y por la majestuosidad de sus movimientos se le podía tomar por un auténtico tuareg.

Pero Scarff acechaba con todos los instintos despiertos, con todos los recelos de una fiera astuta que se siente acorralada.

Conocía a Shafuk lo suficiente para saber que le obedecería siempre que él lo tuviese atemorizado, o cegado por la codicia.

Cuando Scarff vio que Shafuk no se presentaba solo, mordió una maldición. La aparente tranquilidad con que Shafuk y su acompañante avanzaban lo desconcertaron.

—¡Alto ahí!…

Los dos se detuvieron. Wilt siguió mirando al peñasco de donde procedía la voz.

—¿Por qué no has venido solo? —preguntó Scarff.

—¡Por bien nuestro! ¡«Abdif» conoce mejor que yo el camino!

Varias veces Scarff trató de tener dentro de los puntos de mira del rifle, la cabeza de Wilt. Pero aquel endiablado individuo, sin parecer esquivarle, siempre tenía delante a Shafuk.

—¿Dónde han quedado los otros? —siguió preguntando Scarff.

—Los he mandado volver al campamento.

Scarff soltó una violenta risa.

—¡Perro traidor!… ¿Has visto lo que he hecho con tus puercos? Los sorprendí dejando señales en el camino…

—Tú tampoco has jugado limpio… Todavía no me has revelado qué «negocio» hay aquí.

Scarff volvió a reír.

—¡Piensa en una mina! —lo dijo riendo. De pronto se transfiguró y preguntó, ronco—: ¿Ese perro entiende lo que hablamos?

Los dos estaban expresándose en inglés.

—«Abdif» no entiende nada —se apresuró a contestar Shafuk.

—¿De veras? ¡Bajo esas vestiduras huelo a un occidental!

—¡Te aseguro que no! ¡Es «Abdif»… tú ya lo has tratado!…

—¡Bien! ¡Entonces hablaremos!

Emergió medio cuerpo por el peñasco que le servía de parapeto. Se hallaba en lo alto de una ladera, desde donde podía batir el fondo del barranco.

Algo lejos se veían dos camellos, uno de ellos con mucha carga encima.

Wilt miraba a Scarff. Llevaba vestiduras árabes, la cabeza tocada con un turbante, pero el rostro descubierto. Hasta ese momento Wilt había recelado encontrarse con un individuo al que ya conocía. Del inspector Heiden lo podía esperar todo.

Pero ninguno de los rasgos del individuo le recordó a nadie. En los ojos de Scarff había en aquellos momentos un brillo demoníaco.

—Puesto que tu acompañante no «entiende nada», he de decirte qué saqué de tu tienda… Es un retrato de la señorita Duvier…

—¡Cállate, Scarff! —aulló Shafuk.

Wilt permanecía quieto, con las manos aparentemente descuidadas, jugueteando con las riendas de uno de los camellos, la capa negra ligeramente echada hacia atrás, por el lado derecho, precisamente donde la túnica blanca tenía una abertura en el costado.

—¿Por qué debo callar? Tu acompañante no entiende… Deja que diga algo más, Shafuk. Esa fotografía tenía una dedicatoria borrada y uno de tus perros me dijo que era «Furia Blanca»… Todavía se nota a quién iba dirigida la dedicatoria. La señorita Duvier, con indumentaria de mujer targui, la dedica a su padre… el ingeniero Duvier, que murió asesinado…

El egipcio emitió un grito salvaje, al tiempo que Wilt daba un salto, retrocediendo, para cubrirse con las monturas. Enseguida echó a correr para tirarse de cabeza tras una ondulación del terreno.

Dos disparos de rifle restallaron, levantando guijas y arena, en lo alto de una cima tras la que se parapetaba. Le disparaba Scarff.

Shafuk se encontró de pronto solo. Recordó entonces lo que Wilt dijo de los eslabones.

Wilt, apenas parapetarse, se arrancó el «litham». Por fin se habían terminado los disimulos.

—¡Continúe, Scarff! ¡Me interesa lo que dice!…

Shafuk miraba a un lado y otro, con ojos de demente. El miedo lo empujó a desafiar el, peligro. Soltó primero una carcajada.

Enseguida, con los brazos en alto, amenazando en la dirección en que se encontraba Scarff, gritó:

—¿Qué crees que has conseguido con eso, Scarff? ¡Tienes a todo el ejército del Sahara pisándote los talones! ¡Uno de los que iban en el bimotor se salvó… y sabe que hubo sabotaje!… ¡Es el que está aquí!

El mismo grito que antes emitió Shafuk, lo soltó Scarff. Surgió de detrás de la roca, disparando el rifle.

Shafuk continuó gritando, con los brazos en alto, los puños crispados. Y de pronto se dobló…

En el mismo momento en que se desplomaba, Wilt dio un salto de costado. Scarff entrevió una fugaz sombra que se desplazaba, y giró el rifle. Pero ya el revólver de Wilt estaba llameando.

Scarff soltó el rifle. Pero siguió de pie. Dos hilos de sangre, uno en cada brazo, parecían sujetarle, a un invisible árbol.

Wilt echó a andar hacia él, felicitándose por haber podido dejar a Scarff solamente con las heridas de los brazos. Lo necesitaba vivo.

Maquinalmente dio un rodeo, para esquivar el cadáver de Shafuk. Scarff permanecía como petrificado.

—¿Quién eres? —barbotó.

—Agente del
C. I. A.
—contestó Wilt.

Los brazos de Scarff chorreaban sangre. Pero el individuo no parecía advertir ningún dolor. Sus ojos no se apartaban del rostro de Wilt. ¡El
C. I. A.
estaba allí, en pleno desierto! Un tentáculo de las rigurosas leyes a que pronto se vería sometido…

Y emitió un grito salvaje, lanzándose sobre Wilt. El agente había estado leyéndole en los ojos todo el proceso de su fría serenidad, y ahora de su desesperación. Y antes de que Scarff cayera sobre él, soltó el revólver, para mejor esquivar la trampa a que Scarff lo empujaba. Aquel individuo buscaba la muerte, como una última burla a la ley.

Le fue fácil reducirlo. El herido empezó a oscilar como si fuera a caer desmayado. Wilt lo sujetó, obligándolo a sentarse.

Por la curva del barranco asomaron tuaregs montados sobre los camellos. Wilt se puso de pie y movió los brazos.

Desy y Tavel se arrancaron el «litham», con la misma alegría con que antes lo hizo Wilt. Los demás siguieron con el rostro cubierto, porque era en los únicos en que la sensación de disfraz no existía.

Desy tenía el rostro mortalmente pálido cuando después de mirar el cadáver de Shafuk, se acercó a Wilt.

—¡No debimos dejarlo a usted solo! —clamó, angustiada.

—Nada me ha ocurrido —contestó Wilt, procediendo a vendar a Scarff.

El herido miraba a Desy con ojos de beodo.

—Señorita Duvier… Tengo algo… para usted —murmuró Scarff.

Con la cabeza indicó el pecho. Wilt continuó arrollando el vendaje.

—Por lo que veo, le preocupa mi vida —dijo Scarff, sardónico.

—¡Mucho! —contestó Wilt—. ¿Dónde guarda la foto de la señorita?

Scarff volvió a inclinar la cabeza. Desy les miraba sin comprender.

—¿De qué foto hablan?

—¿Dedicó usted alguna fotografía suya, vestida de mujer targui? Scarff dice que iba dirigida a su padre…

Mientras tanto Wilt, por una abertura de la túnica que cubría el cuerpo de Scarff, sacaba una bolsa de cuero que colgaba del cuello del individuo.

Desy emitió un quejido. Luego fue inclinándose, hasta quedar arrodillada, mirando con angustiosa ansiedad las manos de Wilt, quien procedía a abrir la bolsa.

Contenía algo más que una cartulina. Algo brilló en la bolsa de cuero. Wilt, dominando su emoción, sacó la fotografía. Era una

instantánea.

Aparecía Desy con túnica negra, sobre los hombros de un alquicel blanco. Grandes aros asomaban bajo la toca negra y la cabellera rubio oscuro, abarcando ambas mejillas. Del cuello descendían sobre el pecho multitud de placas triangulares, de plata. En ambas muñecas, varias pulseras.

—¡Esta foto la tenía mi padre! —exclamó Desy—. ¿Cómo ha podido llegar a poder de Shafuk? —Y dirigiéndose a Scarff, con los ojos llameantes, preguntó—: ¿Fue usted?

Por unos instantes Scarff sintió la tentación de decir que sí, que él mató al ingeniero. Con ello burlaría una vez más la ley y escamotearía algo que suponía que el agente del
C. I. A.
ignoraba.

—La foto pertenecía a Shafuk —se adelantó a decir Wilt.

Desy se volvió a mirar el cadáver del egipcio. Pareció que fuera a prorrumpir en maldiciones pero enseguida se cubrió el rostro con las manos y ahogando un sollozo, se alejó.

Wilt hizo una seña a Tavel y se alejaron. Estuvieron unos momentos hablando en voz baja.

—¡Te aseguro que sí! —dijo Tavel—. ¡Soy un «mago» para estas cosas, no lo olvides!…

—Te juegas la cabeza si me fallas —contestó Wilt, dándole la lámina de oro, en la que figuraban multitud de signos grabados.

Junto a Scarff habían quedado Desy y dos tuaregs.

—Interceda usted, señorita Duvier —exhortó Scarff—. Yo me he portado bien con usted. Vi esa fotografía en el bagaje de Shafuk y me la guardé, para, entregársela a la primera ocasión.

—¿No sería para sujetar a Shafuk? Esta fotografía la llevaba mi padre en su cartera cuando lo asesinaron. Hacía unos días que yo se la había enviado desde Yanet…

Por unos momentos pareció que fuera a llorar. Pero instantáneamente se serenó.

—¿Fue Shafuk quien lo asesinó?

—Por lo menos quien dio la orden —contestó Scarff, tratando de congraciarse con ella a toda costa.

—¿Para qué, entonces, conservaba una cosa que podía comprometerle?

—Seguramente se dio cuenta, más tarde, de que esa fotografía se encontraba entre los objetos de su padre. Uno de los tuaregs que me acompañó aquí me dijo que Shafuk mostraba la foto a elementos de su confianza: «Ésta es “Furia Blanca”. Si alguna vez os encontráis con ella en algún poblado, eliminadla». Enviaba a los oasis a gente que recordaba su cara. A usted no se atrevía a atacarla en pleno desierto, porque no ignoraba el fanatismo que sienten por usted sus hombres.

Desy pensó en el atentado de El-Golea, yendo con Wilt, pero nada dijo.

—¡Señorita Duvier! —Siguió Scarff—. El yanqui hará todo lo que usted le pida… El mismo valor emotivo que para usted tiene esa fotografía lo tiene para mí un amuleto que desde años llevo encima.

—¿A qué se refiere?

—A una placa… de oro, que se ha quedado el agente.

Desy le miraba fijamente. En algunos momentos los ojos grises de la muchacha fulgían inexorables, pareciendo que de un momento a otro fuera a ordenar a los dos tuaregs que la acompañaban, que remataran a aquel monstruo.

Pero recordando la impasibilidad de Wilt, permaneció quieta, callada. Hasta que vio a Wilt yendo hacia ellos.

—Ya poco tenemos que hacer aquí —dijo Wilt—. Vamos a procurarnos una salida del Macizo.

—¡Por fin! —exclamó Desy.

Momentos después, cuando Wilt se acercó a Scarff para acomodarlo sobre una montura, dijo:

—La señorita ha intercedido por usted… Reconozco que usted le ha hecho un favor, guardando esa fotografía. En señal de reconocimiento, tome su «amuleto».

A pesar de que Scarff apenas podía mover los brazos, hizo ademán de volcarse sobre la bolsa de cuero.

—Espere. Se la sujetaré al pecho —dijo cordialmente Wilt.

La bolsa quedó oculta por los pliegues de la túnica. Desy miraba a Wilt desconcertada.

—No vaya a perder… su amuleto —aconsejó Wilt. Scarff estaba lívido por la emoción que lo poseía.

—¡No lo perderé!…

Durante la marcha advirtieron indicios de que los seguían. Eran elementos de Shafuk, pero Wilt apenas hizo caso.

Durante el día hicieron distintas llamadas, con la pequeña emisora que Desy llevaba siempre en su bagaje. En esas llamadas daban siglas, que leían en las fotografías que captaban el Macizo a vista de pájaro.

Era el plan convenido por el inspector Heiden y un jefe del ejército francés en el Sahara.

Esas siglas indicaban por dónde iban ellos y por dónde suponían que se deslizaban los secuaces de Shafuk.

En ningún momento sospechó Scarff que efectuaban estas llamadas. De saberlo, su comportamiento hubiera sido bien distinto.

En el último alto de la jornada, antes de que el sol fuera a desaparecer, acamparon en lugar conveniente y encendieron hogueras.

A Scarff nadie lo molestaba. Siempre que hacían alto lo bajaban de la cabalgadura y se sentaba aparte de todos. Con la mirada se limitaba a seguir los movimientos de los demás.

Sus ojos cada vez parecían más encendidos. Las heridas en los brazos eran atendidas y no le producían fiebre. Sin embargo, en los ojos existía un brillo y desvío de las pupilas muy característico de un estado febril elevado.

En aquel fin de jornada la gente se mantuvo alrededor de las hogueras hasta más tarde que de costumbre. Al día siguiente contaban con encontrarse fuera del macizo.

Scarff se hallaba solo, junto a una pequeña hoguera. De pronto, mirando hacia el círculo en que se encontraban los dos americanos y Desy, dijo, con sorprendente animación:

—¿Por qué no me invitan a tomar té con ustedes? El que seamos enemigos no debe significar nada. Estamos en el desierto.

—Supusimos que a usted no le sería grato alternar con nosotros. ¿Quiere que nos traslademos ahí?

—Si me ayudan a levantarme, iré al lado de ustedes. Es más grande esa hoguera.

Wilt fue por él. Cuando Scarff se sentó frente a Desy, dijo:

—La hoguera es más grande… y se encuentra aquí la mujer de más valor y belleza que nunca han contemplado ojos humanos. ¿Coincide conmigo? —Y se quedó mirando a Wilt.

—Coincido con usted.

Desy misma se encargó de servirle el té. Scarff cogió el pequeño vaso con la mano izquierda, que era la que más podía utilizar.

—Mañana salimos del Macizo, ¿no es cierto? —dijo, después de beber.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Wilt.

—Conozco muy bien el perfil de estas montañas.

—No en vano sacó fotografías… acompañando al capitán Horney en sus vuelos de rutina —dijo Wilt, conteniendo a duras penas su cólera.

Scarff no pareció asustarse. Ni siquiera se mostró sorprendido.

—Cierto: el capitán Horney, admitiéndome a bordo de su avión en sus vuelos de rutina, me fue de gran ayuda.

—¡El pago fue destruir su aparato y llevar a todos a la muerte!

Scarff hizo un gesto de consternación, en el que apareció enseguida una sonrisa cínica, y contestó:

—No había otro remedio… El capitán Horney se dio cuenta de que yo lo acompañé en distintos vuelos tanto para sacar fotografías de este Macizo, como para enlazar con mis subordinados en distintos aeródromos.

—¿Los que se prestaban a colocar un explosivo en los aparatos que usted hacía estallar por medio de ondas?

Scarff se limitó a mover la cabeza, asintiendo. Luego declaró:

—Aunque cojan a alguno de mis enlaces, nada conseguirán de ellos, porque nada saben. Ni siquiera yo sé demasiado… En cierto modo no he sido más que un instrumento de otros que están muy por encima de mí…

—¡Mientes, Scarff! Lo dices para justificar tu permanencia en el desierto. Te veo venir. Nos dirás que te mandaron recoger una carga de narcótico dejado por un grupo que se vio en apuros.

—Eso es lo que digo.

—¡Y eso no te lo creerá nadie!

—No hay pruebas de nada, señor agente. De nada. Ni siquiera de que los aparatos caían por medio de las ondas. ¿Ha encontrado usted la emisora? —Su gesto no podía ser más cínico.

—¡No la he buscado siquiera! Para mí no tiene ninguna importancia. Nos bastará encontrar en poder de alguno de sus enlaces cualquiera de los fulminantes…

A Scarff no le gustó la respuesta, porque el gesto de burla desapareció.

—¡No conseguirán ninguno! ¡Todo el que posee uno de esos dispositivos se matará antes que entregarlo!…

Wilt rompió a reír.

—¡Que crea eso un veterano de la traición!

—Pertenezco al mundo «civilizado», señor agente. Solemos tener sobre la lealtad más manga ancha que los salvajes… Y si les parece, les entretendré con una historia que parece un cuento oriental. Yo estuve en la Legión después de la guerra. Por una corta temporada, porque deserté. El desierto es grande, y la soledad suelta las lenguas. Uno se tropieza con seres cubiertos de harapos, con cabezas que parecen de piedra, y de pronto se nos descubren como un exuberante oasis…

Desy iba a interrumpirlo, crispada, pero Wilt la contuvo con un gesto. Scarff se dio cuenta e hizo una mueca.

—Están impacientes, y yo sé por qué. No creen que estoy aquí por un depósito de narcóticos.

—Yo no lo creo —dijo Wilt.

—¿Y por un tesoro?

—Tal vez.

Scarff rompió a reír.

—¡Un tesoro! ¿Con las uñas iba a sacarlo?

—Con las uñas, no. Pero sí con estas herramientas —y Wilt se levantó, yendo adonde estaba el bagaje de Scarff.

Tiró a los pies de Scarff una pala y un pico.

—¿Y dónde he de cavar? —preguntó el individuo, sin dejar de reír.

—Quizá lo indique esto —contestó Wilt, sacando el tubo de un mortero ligero.

Después, de otro paquete, sacó la base. Hubo un momento de sorpresa en Desy y Tavel. Incluso en Scarff.

Diríase que el sol hacía desvariar a Wilt. De otro paquete sacó media docena de proyectiles.

—En estos días no he hecho más que pensar en ello, Scarff. ¿Para qué podía necesitar un misterioso personaje que recorría países del Oriente Medio, un mortero «Horwell» que buscaba con tanto, secreto? En estos barrancos fueron asesinados hace muchos

años, unos jefes militares y un caíd que se dice llevaba un fabuloso tesoro.

Scarff sonrió.

—¿Va a culparme a mí de esas muertes?

—No. Pero usted ha confesado que estuvo en la Legión y que desertó.

—Eso nada prueba.

—Usted alternó con toda clase de gente, en el desierto y luego en las Embajadas y Legaciones del Oriente Medio. Usted sabía algo de lo que aquí ocurrió…

Después de una pausa, Scarff dijo:

—Denme otro vaso de té y complaceré su curiosidad.

Se lo sirvió Desy, temblorosa, por momentos más desconcertada por lo que Wilt acababa de decir. También Tavel estaba emocionado.

—Es cierto, aquí ocurrieron unos asesinatos —dijo Scarff, después de apurar el vaso—. Lo supe por un beduino… Y también creo que es verdad que el caíd llevaba un tesoro.

—¿Ya no está seguro? —preguntó Wilt, con ironía.

—No pretendo engañarle. No estoy seguro porque no he llegado a buscar en el sitio… Ustedes llegaron antes. No me atreví a disparar el mortero, por no atraerles al lugar… y no disponía de tantos proyectiles para derrocharlos en simulacros. El caíd y los jefes militares advirtieron que la gente que los acompañaba estaba a punto de rebelarse. Si enterraban el tesoro, todos se hubieran lanzado sobre ellos, como lobos. Entonces imaginaron una endemoniada treta…

Hizo una pausa, para mirar a los tres. Scarff soltó una corta risa y prosiguió:

—Había unos cuantos indígenas que se habían escapado, situándose en lo alto de alguna de estas montañas. Entonces los jefes militares se pusieron a dispararles con morteros «Horwell». Parecía que exterminaban a los rebeldes. Esto por lo menos creyeron los indígenas que todavía no se habían rebelado… Pero uno de los beduinos observó que a cada disparo, un coronel cantaba una cifra y otro la grababa en la media luna de oro. Después, destruyeron todo el arsenal, incluyendo los morteros «Horwell». Ya sin impedimenta, se dispusieron a salir del Macizo… Se refugiaron

en una cueva, para deliberar… y entonces ocurrió la «cosa»…

—¿Los acribillaron? —preguntó Wilt.

—¡Qué iban a hacer los pobres diablos que los seguían! Lo que ellos deseaban era hacerse con los valores que suponían dentro de las mochilas… Y no encontraron más que víveres. Lo tremendo era que siempre estuvieron los jefes y el caíd bajo la vigilancia de alguien… Retrocedieron y cavaron en todos los sitios donde hicieron alto, pero nada encontraron. Solamente pudieron hacerse con las sortijas y relojes que llevaban los militares.

—Y con la media luna de oro…

—Bueno. De esa media luna únicamente tenía noticia el beduino que asistía al caíd. Cuando todos se marcharon regresó y la sacó de una sandalia…

—¿Cómo, a la vuelta de los años, pudiste dar con ella? ¡Hay demasiado de fábula en lo que dices! —prorrumpió Wilt, como indignado.

—¡Pero es la verdad! Yo iba sobre la pista desde hace muchos años. Desde las Legaciones hice contactos… Me presté a servir de enlace a traficantes de narcóticos con la esperanza de dar con el tipo de la media luna.

—¿La guardaba el mismo que la robó?

—Como si fuera un talismán. Él sabía que allí había escrita una fórmula, pero no se atrevía a consultar a nadie, por miedo a las represalias.

—¡Qué fórmula ni qué cuentos!… Los que acompañaron al caíd dices que cavaron en todos los sitios donde acamparon.

—El tesoro fue «disparado» a las cimas de estas montañas. A una de ellas, concretamente. No todos los proyectiles debieron estallar. Los que iban repletos de piedras preciosas seguramente no llevaban fulminante. Y durante años han estado empotrados en cualquier cima, en cualquiera de estas montañas… Y así seguirán, cada vez más cubiertas de arena.

Dejó un silencio y se quedó mirándolos, como embriagado. Wilt seguía con la expresión indignada. Desy y Tavel, cada vez más intrigados.

—¿Les gusta el sistema? —preguntó Scarff.

—¡Nada de lo que has dicho es cierto! —exclamó Wilt—. Con una pala y un pico… Aunque la fórmula estuviera en determinado

ángulo de caída del proyectil «Horwell»…

—Así es. Cuatro proyectiles lanzados desde determinado punto de estos barrancos, con el mortero graduado a determinada deriva, se produciría un sector señalado por los proyectiles donde se podría cavar arena sin miedo a trabajar inútilmente.

—¿Por qué nos dices eso, Scarff? Sólo nos bastaría con cogerte de un hombro —dijo Wilt acompañando las palabras con la acción —, meter la mano en esta abertura…

Sacó del pecho de Scarff la bolsa de cuero. El individuo se estuvo quieto, sonriendo.

—Nada de lo que he dicho es mentira. Por lo menos, los ángulos de tiro están indicados en la media luna —manifestó Scarff.

Wilt le arrancó la bolsa de cuero, pero no la abrió.

—¿Piensas con esto mejorar tu situación? —preguntó con ironía Wilt.

Scarff soltó una carcajada.

—¡Mi situación!… ¡Sé que estoy perdido!… Pero gozaré viendo la desesperación de ustedes, y de los que están tras de ustedes. Me los imagino cavando en todos estos montes, buscando unos proyectiles de mortero sin estallar… ¿Y sabe por qué? ¡Busque la media luna de oro, señor agente! ¡Abra esa bolsa!

Los ojos de Scarff le observaban con diabólica alegría. Wilt abrió la bolsa de cuero, y al volcarla, salió un pegote de oro, ennegrecido.

—¿Qué es esto?

—Se me olvidó decirle que durante las horas que he estado solo frente a las hogueras, me entretenía echando objetos al fuego. Este amuleto sigue siendo amuleto, aunque ya no sea media luna.

Miró de uno en uno a los tres, a ver quién expresaba mayor desesperación. Pero todos permanecían tranquilos.

—Después de todo —dijo Wilt—, lo que había escrito en esa media luna quizá no tuviera ningún valor.

—¡Lo tenía! ¡Había dibujados dos cruces de barrancos tal como los he visto en la realidad! Y a la distancia en metros que indicaban las cifras, aparecían otros puntos de referencia que también estaban dibujados. Luego, si todo era verdad, no había más que emplazar el mortero «Horwell» en la posición que se indicaba… y disparar…

—Lo haremos —dijo Wilt.

—¡Yo, aunque quisiera, ya no podría ayudarles! No llegué a

localizar el sitio… Ni puedo retener la cantidad de cifras y signos que había grabados.

—Esto quizá le ayude —contestó Wilt, dándole el pegote de oro.

Scarff prorrumpió en carcajadas, mirando el ennegrecido pegote.

—¡Siempre presentí que llegaría un momento en que me echarían mano y me reservé para ese momento la destrucción de esa lámina! ¡No he retenido, ninguna cifra, para evitar confesiones!…

Parecía loco, por los movimientos que hacía, o por la manera con que reía.

—¡La última treta ha sido mía, yanqui!… ¡Construid millones de morteros «Horwell» y llenad esas cimas de proyectiles! ¡Nada conseguiréis! ¡Nada!…

—Si los datos que contenía la media luna son correctos, todo lo más dentro de unos días aparecerá el tesoro —manifestó Wilt, con un tono tan grave, que Scarff dejó de reír.

—¡Iluso!

—Nuestro amigo Tavel es un «mago» de la fotografía… Con limitados elementos, mira qué obra maestra —siguió Wilt, dándole una fotografía.

Apareció la media luna, con los signos revelados con todo vigor.

—Cuando te canses de mirarla, puedes echarla al fuego… Tenemos copias mucho mejores —concluyó Wilt.

Tanto Wilt como Tavel tuvieron que precipitarse para sostenerlo. Como fulminado por un rayo, Scarff giró, encogiéndose, para lanzarse a la hoguera…

CAPÍTULO VIII

Mientras las patrullas militares se dedicaban al exterminio de la banda de Shafuk, que se movía desperdigada dentro del Macizo, algunos oficiales, entre los que se encontraba el comandante de «Fort Hassi», procedían al estudio de los signos que figuraban la placa destruida.

Tuvieron que tomar la cueva de los muertos como punto de partida, para retroceder.

—Si ese tesoro existe —dijo Wilt— debió ser disparado una o dos jornadas antes de llegar a la cueva.

Retrocedieron. Scarff, muy vigilado, los acompañaba.

Cuando llegaron al sector que consideraban más propicio para que los que años atrás decidieron deshacerse de unos valores que podían resultar una tentación para los que les acompañaban, emplazaron el mortero «Horwell», hicieron un disparo basándose en los signos y el proyectil fue a parar al centro del barranco.

—Traemos un par de morteros «Horwell» y gran cantidad de proyectiles —dijo el comandante—. Su inspector no sé cómo se las compuso para conseguirlos, pero el caso es que nos los envió por vía aérea…

—El «Atravesado» iba para rata de alcantarilla —comentó Wilt.

Los que trataban de descifrar los signos advirtieron un error y anunciaron:

—El mortero estaba mal emplazado.

Rectificaron y los proyectiles fueron a buscar el picacho más alto e inaccesible.

Se pidieron helicópteros. La anchura del barranco donde estaba el campamento permitía el estacionamiento de los aparatos.

—Les corresponde el honor de ser los primeros en explorar esa altura —dijeron a Desy, a Wilt y a Tavel.

—Yo los relevo de ese honor —contestó Tavel—. Ya las pasé

negras la primera vez que evolucionamos sobre este condenado Macizo.

Con equipo de vuelo, Wilt y Desy montaron en el mismo helicóptero y momentos después se descolgaron en el ancho embudo que formaba la cima del picacho.

—¡Mire allí! —señaló Wilt.

En un charco de arena emergía el extremo de un proyectil de mortero «Horwell». La cápsula parecía roída por los vientos y lluvias.

Los dos estaban solos en aquella cima. El aparato había ido al campamento, por más gente.

Desy iba a correr hacia el proyectil, pero Wilt la sujetó de los brazos. La estrechó contra su pecho y mirándola a los ojos, dijo:

—Pronto no estaremos solos… ¡Te amo, Desy!… ¡Te convertiste en la diosa del desierto, cuando ya me veía perdido!… Lo que tú perseguías, vengar a tu padre, y la misión que el condenado «Atravesado» me endosó, están cumplidas. Es hora de que hablemos de nosotros…

Varias veces Desy hizo como que forcejeaba, para soltarse.

—Wilt… Mentiría si no le dijera que le tengo alguna simpatía…

—¡Quiero más que eso!… ¡Quiero que tus labios digan lo que muchas veces me han dicho tus ojos!

Desy pareció azorarse.

—Habrá interpretado mal…

—¡Ya se oye el aparato subiendo!… ¡De un momento a otro van a asomar!… ¡Contesta!

Desy, después de mirarlo fijamente, se estrechó más contra el cuerpo de Wilt y levantó el rostro, ofreciéndole los labios.

El fragor del aparato que ya volaba sobre ellos no los separó. Después de un prolongado beso, siguieron enlazados, las manos en la cintura, uno al lado del otro.

Cuando los técnicos consiguieron destapar el primer proyectil, pareció que se producía un estallido de luces, por la cantidad de piedras preciosas que aparecieron.

Se encontraron siete proyectiles. Algunos estaban muy enterrados en la arena.

—Yo opino que no era necesario utilizar el mortero «Horwell». No entiendo de derivas, pero creo que teniendo una referencia del

picacho donde había que buscar… —dijo Desy, cuando ya en el campamento, quedó unos momentos a solas con Wilt.

—No lo digas delante de Scarff.

—¿Por qué?

—Su desesperación sería mayor. El beduino o quien fuera el que le informó primero, quizá sin proponérselo, lo desorientó insistiendo sobre el mortero «Horwell». La búsqueda de un arma en desuso fue lo que llamó la atención en distintos departamentos. En realidad, lo que los jefes occidentales hicieron fue librar al caíd de una carga de valores que en cualquier momento podrían descubrir los indígenas que los acompañaban, y entonces se hubiera producido una carnicería. Discretamente irían preparando proyectiles, librándoles de carga explosiva, rellenando las cápsulas de joyas… El mortero no hizo más que impulsar esos valores a una cima inaccesible. La ironía fue que seguramente lo hicieron a la vista de todos, sin que nadie sospechara.

—¿Quieres decir que si Scarff, en vez de producir tanto ruido buscando un arma que ya no se utilizaba, se hubiera limitado a localizar el monte y luego a procurarse un equipo de alpinistas…?

—O un helicóptero. Como nosotros hemos hecho.

Desde su tienda, Scarff seguía todas las maniobras. Cuando se enteró de cómo se había conseguido recobrar el tesoro, dio una nota de buen perdedor.

Sonrió, en burla a sí mismo, y se quedó mirando a Wilt.

—Para usted es su gran día…

—Lo es —contestó Wilt—. Pero no sólo por lo que usted se imagina.

«Furia Blanca» y Tavel permanecían en la puerta de la tienda. Wilt se volvió a mirar a la muchacha.

—Comprendo —contestó Scarff—. Pero no creo que ese idilio dure mucho, usted de agente y ella de exploradora del desierto.

—Eso terminó. Varias veces he tenido que simular que soy, periodista y he determinado serlo de verdad. Un pariente de Desy es propietario de un periódico en París, y haré por ganarme un puesto. En cuanto a Tavel, es reportero gráfico de verdad, y ha decidido pararse, montando un estudio en la capital francesa.

Scarff se miró los brazos. Las heridas iban bien.

—Aunque sé que no lo hizo por lástima, le estoy agradecido por

los cuidados que me prestó… Yo podría hacerle un regalo de boda… si sus amigos nos dejaran solos.

Wilt intuyó lo que Scarff se proponía e invitó a Desy y a Tavel a que se marcharan.

Se sentó frente a Scarff.

—Diga…

—Tendrá que escribir mucho.

Wilt sacó bloc y pluma.

—El dispositivo que funciona por medio de ondas me vino a las manos por casualidad. Es cosa de una banda que reside en Nueva York. Se dedica al tráfico de narcóticos…

—Nombres —pidió Wilt.

Durante media hora Scarff no hizo más que dar datos. Muchas cosas ya las conocía Wilt, por medio del Departamento. Scarff estaba diciendo la verdad.

—Publíquelo antes de darlo a conocer a la policía —dijo Scarff, cuando concluyó—. Se situará como periodista…

Wilt se guardó el bloc y se levantó.

—¿Lo hará? —preguntó Scarff.

—No. Su intención es que dé la voz de alarma para que las ratas se escondan. Nada de lo que aquí ha ocurrido se publicará, hasta que la policía haya hecho las redadas.

Scarff dio un salto. Tenía a Wilt de espaldas. Éste se volvió en el momento en que Scarff, mordiendo el mango de un cuchillo, se volcaba sobre él.

Tuvo el tiempo justo para, esquivarlo. Scarff rebotó en el suelo. El cuchillo había escapado de la boca. Quedó bajo su cuerpo. Movió el brazo izquierdo y acusó una sacudida.

Varios entraron en la tienda. Cuando lo volvieron cara arriba, apareció el cuchillo clavado en el vientre, la mano izquierda aferrada al mango.

Wilt miró a todos y confesó:

—No pensé en cachearle. Lo mismo que le sucedió a él con el mortero, la obsesión de la placa me distrajo.

Cuando más tarde el inspector Heiden leyó las notas tomadas por Wilt, dijo:

—Es mejor que Scarff hiciera mutis. Ese hombre de las mil caras y los mil nombres nos hubiera mareado. Con estos datos hay

materia para rato.

En uno de los barrios extremos de París, una pareja de recién casados se hallaban un atardecer sentados en la terraza de un café. Los vendedores de los periódicos voceaban algo que atraía la atención de los transeúntes.

—¡Han empezado las redadas! —exclamó Wilt, apenas desplegar el periódico—. ¡Me están pisando los reportajes!…

Los ojos de Desy, luminosos como nunca, sonrieron, mirando a su marido.

—Nos comprometimos a que durante unos meses no hablaríamos del futuro.

—Y cumpliremos.

Días más tarde recibían un comunicado oficial citándoles para hacerles entrega del tanto por ciento que les correspondía por el hallazgo del tesoro.

Lo conseguido fue más que suficiente para que ninguno de los dos se preocupara del futuro. Tavel obtuvo lo suficiente para montar un estudio fotográfico en el centro de París.

—Siempre que vayas a visitarle, te acompañaré —dijo Desy a su marido—. Sé por Tavel tu forma de comportarte ante una mujer bonita… Y las que por ahora desfilan por el estudio de nuestro amigo, distan mucho de ser feas y viejas…

FIN



NO QUISIERA SER EL MUERTO

Por Silver Kane

—¿Pero por qué? ¡Infiernos, la muerte de ese pobre médico no tendrá nada que ver con las autopsias que hizo! ¡Es imposible!

—El jefe lo ordenó así —gruñó el de la pata de palo—. Siempre hace quemar una cosa cuando no le gusta. Y nosotros obedecemos con mucho gusto…

Con ojos hundidos, Norman vio cómo entre los dos hombres introducían el cajón en su sitio.

—¿Y los zapatos? —musitó como si hablara para sí mismo—. ¿Qué ha sido de los zapatos?

—Se quemaron también. ¡Y cómo ardían los condenados! No hay cosa mejor que el cuero seco para animar una buena fogata.

—¡Necesito encontrar lo que quede de ellos! ¡Necesito encontrar sus restos!

—¡Estás loco!

—¡Un pedacito de suela que se pueda encontrar tiene una tremenda importancia!

—¿Pero usted sabe lo que es un horno crematorio? —Gruñó el de la pata de palo—. Diantre, parece mentira que todavía pregunte esas cosas. Allí no se encontraría nada ni aunque lo examináramos con el microscopio electrónico.

Norman hundió la cabeza.

—Esos zapatos eran una prueba decisiva —dijo con voz ronca—. Puede que un hombre inocente vaya a la silla eléctrica por esa causa.

Una novela increíble… Un hecho sensacional que sólo podía ocurrir en nuestra terrible era atómica…

NO QUISIERA SER EL MUERTO

¡La mejor novela que puede usted leer dentro de siete días!
¡La firma SILVER KANE!



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain